

# ANIMORPHS

12

CTAAAGATGATCTTTAGTCCCGGTTTCGAA  
TCTTTAGTCCCGGTTGATAACACCAACC  
GTAATACCAACCGGGACTAAAGATCCCG  
GGGACTAAAGTCCCACCCCTATATATATG

CTCAAATTTCTTCAA AAAAGAGGGGAG  
TATTAGGAGGTGCCTA  
TTTGCACCTATGTTTT  
GAGAAAATGTGTGT

CTAAACAAGGTTTTATAAAATAGTTG  
AAATAATAGAAAACAAACTAAAATGAAAAT  
TATTACTTAACAAATAGTTTTTAAGAATTAT  
AATAAAGATCTATAATTATTGTATGACT

ACGGTTTTTTTGACTCATGTAGATGGATC  
AGAGTTTATTGACGGCGTGCACTATTTTT  
TTTTATTGTTGTCCATGCAATAAGTGTA  
TTTCATTCCACTTGTTTGAGTCGGGGT

## La reacción

K. A. Applegate

Lectulandia

A Rachel le están pasando unas cosas muy raras. Se transforma sin querer y es incapaz de controlar el proceso. Estaba haciendo los deberes cuando, sin previo aviso, se convierte en cocodrilo. De repente, sin recuperar antes su aspecto humano, toma forma de elefante.

¿Qué está ocurriendo? No lo saben, pero Rachel y sus compañeros deben averiguarlo, y rápido. Nadie puede sorprender a Rachel en una de sus inesperadas transformaciones, o los *animorphs* serían descubiertos...

**Lectulandia**

K. A. Applegate

# **La reacción**

**Animorphs #12**

ePub r1.0

Sharadore 12.03.14

Título original: *The Reaction*  
K. A. Applegate, Octubre de 1997  
Traducción: Raquel del Pozo  
Diseño de portada: Sharadore

Editor digital: Sharadore  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Michael

# 1

Me llamo Rachel.

No os voy a decir mi apellido ni dónde vivo. Soy alta para mi edad, quizá para cualquier edad. Tengo el pelo rubio. Adoro la gimnasia, ir de compras y luchar contra los malos. No necesariamente en este orden.

La gente dice que soy guapa y, bueno, supongo que no estoy mal del todo. También dicen que soy una persona segura de sí misma y eso sí es cierto.

Mis mejores amigos piensan que no le temo a nada pero se equivocan. La gente que nunca tiene miedo está loca. En mi vida ha habido momentos en los que he sentido verdadero pánico y presiento que en el futuro no será mucho mejor. Hay días en los que paso miedo desde que me despierto y ese miedo me acompaña hasta la última pesadilla de la noche.

Sin embargo, para superar el miedo lo mejor es no asustarse de él. Sé que puede sonar extraño, pero lo que quiero decir es que uno tiene todo el derecho del mundo a sentir pánico. El miedo es como un gusanillo insaciable que habita en tu interior y que puede llegar a devorarte. Debes plantarle cara, saber que está ahí dentro y aceptar que nunca lograrás deshacerte de él.

Ser valiente no significa no tener miedo, sino desafiarlo y no rendirse ante él, y en eso consiste precisamente la lucha de los animorphs, en no tirar jamás la toalla.

Pero, aparte de todo eso, del peligro, de la traición y del miedo, tratamos de llevar una vida lo más normal posible. Por ejemplo, el colegio: sabemos que en cualquier momento nos pondrán un examen sorpresa; o la música, seguimos escuchando música y viendo la televisión, incluso vamos al cine.

No sé si me entendéis. Cuando tu vida se ha convertido en una locura, lo mejor es aferrarse a las pequeñas cosas de cada día.

En nuestro grupo somos seis. Cinco humanos y el sexto no tanto. A mí ya me conocéis; después está Jake, el primo más responsable que tengo; Marco, mi cruz; Cassie, mi mejor amiga; Tobías, nuestra primera baja al quedarse atrapado en el cuerpo de un ave rapaz; Ax, el único andalita que sobrevivió en una misión que los suyos llevaban a cabo en la Tierra.

Todo empezó una noche, mientras volvíamos a casa a través de un recinto abandonado. Todo empezó con un paseo inocente. Los cinco, excepto Ax, regresábamos tranquilamente del centro comercial. En ese momento a nadie se le hubiera ocurrido proponer: «Venga, vamos a participar en una guerra interestelar». Yo lo único que pensaba era en llegar a casa y ver la tele, navegar por Internet, escuchar un CD, hacer los deberes. Ya me entendéis, lo de cada día.

Pero el caza andalita medio destrozado aterrizó delante de nuestras narices y a partir de ese instante todo cambió.

No somos los únicos habitantes del universo. Hay billones y billones de estrellas y planetas, y en esos planetas se han desarrollado otros tipos de vida, al igual que en la Tierra lo hizo el Homo Sapiens.

En algunos de esos planetas existen especies de inteligencia superior a la nuestra. Por ejemplo, los ellimistas, una raza tan avanzada que a su lado los humanos parecemos tontos. También están los andalitas, más avanzados que nosotros pero en el mismo ámbito de la realidad. Algo así como una chaval de cuarto de ESO y uno de segundo.

Después están las razas como los hork-bajir, máquinas asesinas de cuyos cuerpos despuntan cuchillas y de los que se dice que eran una raza muy apacible. O los taxxonitas... ¿cómo describirlos? Ciempiés descomunales y caníbales, lo mejorcito de la galaxia, vamos.

Y los yeerks, que esclavizaron a los hork-bajir y firmaron un pacto con el diablo al aliarse con los taxxonitas. A partir de entonces, se han extendido como la peste por toda la galaxia, atacando, destruyendo y esclavizando una raza tras otra.

Los yeerks son parásitos. En su estado natural sólo son unos gusanos grises, tan fáciles de pisotear como un caracol sin concha pero, por desgracia, tienen la habilidad de contaminar a otras especies. Se introducen por el conducto del oído hasta el interior de sus cabezas, aplanan sus cuerpos y se adhieren al cerebro acoplándose a todos sus pliegues y arrugas. De esta manera, se apoderan del cerebro y dominan al portador, al que convierten en un controlador. Eso es lo que han hecho con todos los hork-bajir, los gedds y los taxxonitas. También lo consiguieron con un andalita, por suerte sólo con uno.

Y ahora lo están intentando con los humanos, ya se han apoderado de cientos, miles, incluso millones. Les obligan a ser controladores y, aunque cueste creerlo, hay quien se presta voluntario.

Esto es lo que más me cuesta entender y además me pone furiosa. Todo el mundo puede perder una batalla, pero ¿elegir rendirse y convertirse en traidor de entrada? Es horrible.

Los yeerks cuentan con una organización que les sirve de tapadera. Se llama La Alianza y se supone que es una especie de asociación de Boy Scouts, salvo que aceptan tanto niñas como niños y adultos. En teoría es una de esas hermandades en las que se inscriben familias enteras y donde se organizan descensos por ríos o salidas al campo con parrillada incluida, como una gran familia unida.

La realidad es muy distinta. La Alianza está dirigida por los yeerks que, de esta forma, aprenden las costumbres de los humanos, y les sirve de excusa para convocar reuniones y de paso reclutar nuevos miembros.

Siempre me he preguntado qué clase de mentiras cuentan a sus miembros para que éstos acepten convertirse en controladores. Ahora ya lo sé, al menos sé por qué

una persona consintió en traicionar al planeta entero.

Supongo que, personalmente, también me traicionó a mí. De un modo muy especial, porque no es que me conociera, y además había millones de chicas que, como yo, estaban enamoradas de él.

Me imagino lo que estaréis pensando en estos momentos, ¿Rachel enamorada? ¿Xena, la Princesa Guerrera, como me llama Marco, enamorada?

¿Qué os puedo decir? Es que es tan guapo... y la belleza es una razón muy poderosa. Desde luego es el chico con hoyuelo más guapo que he conocido en mi vida.

Fue una lástima que tuviera que hacerle aquello. Fue tan doloroso para él como para mí.

Bueno, quizás exagero un poco.

Pero ya os lo contaré después. Prefiero empezar por el principio, por el zoo, sí, allí es donde empezó todo, nada más y nada menos que en el zoo.

## 2

«Excursión»: la mejor palabra del diccionario. Nos íbamos de excursión con la clase al zoo de Los Jardines.

Yo ya lo conocía. La madre de Cassie trabaja allí como veterinaria, así que podía entrar cuando quisiera. Pero ¿y qué más daba? Mejor ir de excursión que permanecer inmóvil en una silla mirando a la pizarra, separada del resto de tus compañeros, ¿no? Recuerdo que una vez más, cuando era más pequeña fuimos de excursión a una fábrica de pan y bollos. Ni siquiera nos dieron un bollo y a mí no me importó lo más mínimo. Lo importante era salir del colegio, moverse, ver cosas nuevas. Siempre es mejor que estar pegada a una silla dura.

Cassie no opinaba igual que yo.

—Mi madre va a dar una pequeña charla sobre especies en peligro de extinción —me explicó Cassie al tiempo que avanzábamos con el resto de la clase—. ¡Una charla! A nosotros.

Llegamos a un enorme recinto, con diferentes hábitats naturales. El recinto estaba cubierto por una gran bóveda de cristal. Bajamos por un sendero serpenteante a cuyos lados se distinguían leopardos, tortugas, dragones de Komodo y pitones, es decir, animales que no podían vivir expuestos al frío.

Me encantaban aquellas salidas. Caminaba feliz sorbiendo mi refresco con una pajita y contemplando los chicos guapos que pululaban por allí.

—No entiendo por qué hacen exhibiciones de serpientes pitones —comenté—. Se pasan el día tumbadas. Aquella serpiente de allí, por ejemplo, podría ser falsa, de plástico. Los leopardos, al menos, se mueven y te lanzan miradas asesinas, pero ¿las pitones?

—Se cree en la obligación de entretener al público —añadió Cassie todavía preocupada por la intervención de su madre—. Y cuando mi madre quiere ser divertida... ¡que no nos pase nada! ¡Seguro que empieza a hablar de los grupos que cree que nos gustan y se hará un lío con los nombres! Sí, seguro que nos habla de los Nice is Neat.

—¿Los Nice is Neat? Eso quiere decir «Limpios y Aseados», ¿verdad? ¡Vaya! ¿Y qué grupo es ése?

—Los Nine Inch Nails, los «Uñaslargas», ya sabes —explicó Cassie con expresión avergonzada—. Quería su nuevo CD, pero estaba arruinada, de manera que le dije a mi madre que las siglas NIN correspondían a Nice is Neat, «Limpios y Aseados».

—¡No me lo puedo creer! —agarré a Cassie del brazo y la obligué a volverse—. ¿Tú? Parece más una ocurrencia digna de Marco que tuya.

Mi amiga bajó la mirada y al rato se echó a reír.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Fue idea de Marco. Me dijo: «¿Qué padre se resistiría a comprar a su hija el disco de un grupo de rock llamado "Limpios y Aseados"?» Verás, Marco quería que yo me comprara el CD para grabarlo... Bueno, la cuestión es que al final resultó.

—¡Cassie, Cassie, Cassie! Hacer caso a Marco implica que el fin de la civilización está cerca. Además, Nine Inch Nails no es tu estilo. ¿Te gusta su música?

—Bueno, la verdad es que son demasiado duros y un poco tétricos —respondió con una mueca—. Su música es un poco deprimente aunque, según estoy de ánimos hoy, me vendría fenomenal.

Cassie movió la cabeza de un lado a otro, mostrando su preocupación.

—Sé que lo soltaré. Seguro que dice algo así como: «Salvar a las especies en vías de extinción es fantástico, como escuchar a los Limpios y Aseados». Entonces tendré que cambiarme de colegio y mudarme de ciudad.

Agarró la lata de refresco y bebió un sorbo.

—¿Por qué, Rachel? ¿Por qué entre todos los sitios para ir de excursión hemos tenido que venir aquí?

Nos apoyamos contra la valla del foso de los cocodrilos. La mitad de la clase iba muy por delante y la otra mitad se había quedado rezagada. De repente nos vimos rodeadas por una clase de escandalosos niños procedentes de un parvulario, cada uno con su etiqueta de identificación.

—No lo sé —respondí—. Mala suerte, yo... —justo delante de mis narices, uno de los niños se encaramaba a la valla—. ¡Ey! ¡Ey! ¡Bájate de ahí! ¡No...!

De repente, desapareció. El niño se había caído al foso de los cocodrilos.

### 3

—¡Aaaaahhhhhh! —gritó el niño.

Durante unos segundos hubo un silencio sepulcral y a continuación estalló el caos: los mayores, profesores, padres voluntarios, Cassie y yo, todos gritábamos como posesos.

—¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude!

—¡Se ha caído!

—¡No he podido hacer nada!

—¡Yo no lo he visto!

—¡Tyler! ¡Tyler! ¿Estás bien?

Cassie me agarró del brazo para atraer mi atención.

—Voy a buscar ayuda —dijo mirándome a los ojos para asegurarse de que la entendía—. Ahora vuelvo. No hagas ninguna locura, Rachel. ¿Me has oído? —y se alejó corriendo.

Me subí a la valla y me asomé cuanto pude. La gente empujaba para intentar localizar al pequeño Tyler allí dentro, pero no se le veía por ningún sitio. El niño había caído hasta el fondo y había rodado hacia el interior de un nicho poco profundo que había en la base de la pared.

El hábitat se componía de una especie de isla en el medio, rodeada por un foso, riachuelo o como quieras llamarlo. Justo por debajo de donde yo me encontraba, al final de la pared, había una zona seca. Supongo que es ahí donde van los cocodrilos cuando no quieren que la gente los mire.

Había seis cocodrilos, todos estaban en la isla. Dormitaban y permanecían tan quietos y aburridos como las pitones.

En ese preciso instante vi que uno de ellos abría un ojo. Era un ojo enorme, despiadado y cruel, de color marrón, con una ranura negra por pupila.

Si a los cocodrilos les diera por desperezarse y atacar al chaval, la ayuda llegaría demasiado tarde.

Otro cocodrilo abrió los ojos y movió la cabeza en dirección al niño.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé. No disponía de ninguna forma animal que pudiese con un cocodrilo de siete metros de largo. Ni mi oso pardo, ni el elefante podrían acabar con aquellas fieras. Para empezar no podía transformarme en público, ni siquiera para salvar una vida. Tomé aire.

Sólo tenía dos opciones, permanecer impasible y permitir que el cocodrilo atacase al niño, o hacer una locura.

Elegí lo segundo.

—¡Mirad! ¡Allí! —grité con todas mis fuerzas.

Todo el mundo se volvió para ver lo que indicaba mi dedo y yo aproveché para

subirme a la valla. Mantuve el equilibrio como había aprendido en mis clases de gimnasia y de un salto alcancé la rama de un árbol artificial, fabricado de cemento, que sobresalía de la pared del foso.

Me agarré a la rama, como si se tratara de las barras paralelas, sólo que me lastimé las palmas de las manos. Me columpié y me dejé caer hasta una rama más baja. Al caer, me rocé el antebrazo y me hice sangre, pero por suerte conseguí agarrarme a la rama y amortiguar la velocidad de la caída antes de saltar los tres metros que quedaban hasta el suelo del recinto de los cocodrilos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Esa chica se ha caído también!

—¡Oh, no! ¡Quiere salvar al niño!

—¡No seas tonta! —gritó alguien.

«Demasiado tarde», pensé con la determinación de no abandonar.

Había aterrizado sobre arena. El niño estaba detrás de mí, imposible verlo desde arriba. Unos dos metros de agua nos separaban de los seis cocodrilos, que ya estaban completamente despiertos y parecían interesados en lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, me daba la sensación de que no sabían muy bien si acercarse y comernos o permanecer donde estaban.

Entonces comprendí su vacilación. Veréis, no había seis cocodrilos en el recinto, sino siete, y el séptimo se encontraba tan sólo a unos centímetros de nosotros. Y os aseguro que era grande de verdad.

Lo bastante como para decidir no compartir su presa con los demás sin que éstos rechistaran.

Dios mío, era descomunal.

—Cocodrilo bonito —dije entre dientes.

El monstruo me observaba con sus ojos marrones y amarillos. Por su expresión se diría que se estaba riendo. No me extrañaría nada, porque en lugar de un humano ahora tenía dos para él solito.

No se entretuvo más tiempo y atacó.

Jamás pensaríais que algo tan grande, con esas pequeñas patas achaparradas, pudiera moverse tan rápido. Aquella maldita bestia se acercaba veloz como un rayo, directa hacia mí.

Salté justo cuando intentaba alcanzarme con su horrible hocico. Aterricé sobre la espalda del animal, me sujeté con fuerza y luché por no perder el equilibrio. El cocodrilo chasqueaba la cola como si fuese un látigo y se agitaba con violencia para hacerme caer. Giraba la cabeza y abría su enorme mandíbula con intención de agarrarme y hacerme pasto de sus afilados y desiguales dientes.

Aún me quedaba una última esperanza. Me abracé a su áspera y rugosa espalda al tiempo que presionaba con las palmas de las manos y me concentraba con todas mis fuerzas.

Empecé a adquirir al cocodrilo, antes de que él me «adquiriese» a mí.

Adquirir un animal significa absorber su ADN para incorporarlo a tu sistema.

Adquirí al cocodrilo y, por lo tanto, su ADN pasó a formar parte de mí. Normalmente, durante el proceso, el animal languidece y permanece quieto.

El cocodrilo cesó de agitarse y la cola paró de dar latigazos, pero giró la cabeza y me miró con uno de sus malvados ojos. Supe entonces que la calma no duraría mucho.

Para colmo, empecé a encontrarme mal. Era la primera que me ocurría algo así al adquirir un animal. De repente me entraron ganas de vomitar, como cuando bebes leche en mal estado, y sentí una oleada de calor por todo el cuerpo.

Sin embargo, mis nervios y mi estómago revuelto eran la menor de mis preocupaciones.

Caía rodando del cocodrilo y mi estómago revuelto eran la menor de mis preocupaciones.

Caí rodando del cocodrilo y fui a parar al interior del nicho donde se encontraba el chico. Tenía una herida en la frente y estaba inconsciente, aunque empezaba a moverse y a gemir.

Disponía de unos segundos antes de que el cocodrilo se reanimara y volviera a la carga. Sus incisivos brillaban a medio metro del chaval.

Desde lo alto me llegaba el eco de los gritos. La gente se acercaba a toda prisa para ayudar pero no iban a llegar a tiempo. Ni siquiera podían vernos desde donde estaban.

—Venga, Rachel —susurré para mí—. Concéntrate, ¡rápido!

Sentí los cambios casi de inmediato. Vi cómo se producían. La piel de mis brazos se tornó de un verde amarillento que se iba oscureciendo hasta parecer casi negro. Mi piel se cuarteó. ¿Habéis visto alguna vez el fondo de un lago seco, donde el barro se parte y forma grandes baldosas irregulares? Pues así era mi piel. Enormes grietas que me recorrían los brazos y la espalda.

Notaba que la piel de la espalda se endurecía y se hacía más áspera. Por delante era más suave, pero muy tensa. No me dolía, las transformaciones nunca duelen, pero las sensaciones se sucedían: mi piel aumentaba de grosor, se acartonaba y se resquebrajaba, la espina dorsal creció más y más, con chasquidos semejantes a los de una cuerda de escalada al tensarse, y mis extremidades se encogieron.

En un abrir y cerrar de ojos mis piernas se acortaron tanto que dejaron de sostenerme. Caí de bruces contra la arena.

El gran cocodrilo tenía su mirada clavada en mí, parecía haberse olvidado del chico.

El pequeño empezaba a volver en sí. Parpadeaba y movía las manos y las piernas.

Como se movía, la vista del cocodrilo se posó de nuevo en él. En su presa.

Entonces fue cuando mi cara se proyectó hacia delante. Se hinchó como un horrible grano. Me picaban muchísimo las encías porque los dientes viejos aumentaban de tamaño y otros nuevos emergían a su lado.

No tardé en ver mi hocico verde y escamoso. Era extraordinariamente largo y ya empezaba a ser consciente del inmenso poder de aquellas mandíbulas.

«Vamos, Rachel, ¡preparate!», me previne.

Sabía lo que pasaría a continuación. Cuando se completasen los cambios físicos, la mente del cocodrilo haría acto de presencia. Es parte del proceso. La mente y los instintos del animal se activan junto a los tuyos, tanto es así que a veces cuesta mucho controlarlos.

A veces, es casi imposible.

El cerebro del cocodrilo ascendía despacio. Era lento, muy lento, avanzaba como un superpetrolero, despacio, pero imparable. Estaba ya tan cerca que podía percibir su absoluta simplicidad, ni un solo pensamiento complejo, ni duda. Sólo hambre, nada más. Lo sentía burbujear en mi cabeza como un volcán a cámara lenta.

«¡Resiste!»

El problema es que la mente del cocodrilo había evolucionado millones de años antes de que el primer mono se columpiara en un árbol. Había sobrevivido inalterable mientras los dinosaurios se extinguían y aparecían los primeros pájaros. Era viejo, simple y claro y me arrollaba, barriendo mis frágiles pensamientos humanos.

El cocodrilo tenía dos cosas muy claras. Había una presa, el chiquillo, y un enemigo, el otro cocodrilo.

Mis ojos observaban desde los lados de mi cabeza. Su visión era buena y clara, no muy diferente de la mía. Divisaba casi todo lo que había a mi alrededor a la vez. Algo se movía y se quejaba justo detrás de mí. Casi podía saborear la sangre que corría por sus venas y notaba su calor.

Ante mí había otro gran cocodrilo macho, al igual que yo. Acechábamos la misma presa.

La cosa era muy sencilla: dos cocodrilos del mismo tamaño querían la misma presa. Mis opciones eran luchar contra él, adelantarme y hacerme con la presa sin darle tiempo a reaccionar o retroceder sin prestar resistencia.

Me volví hacia la izquierda rápido como una serpiente. Abrí tanto las mandíbulas que mi propio hocico me tapaba en parte de la visión de la presa. La idea era cerrarlas rápidamente sobre aquel niño que no dejaba de moverse y quejarse...

De pronto, un movimiento... ¡Me estaban atacando!

El otro cocodrilo corrió hacia mí a una velocidad extraordinaria. Con un golpe de la cola me volví para esperarle. El ajeteo hizo que me deslizara hasta el agua. ¡Agua! ¡Ahora sí que nos íbamos a mover!

El otro se zambulló con la intención de situarse debajo de mí y así abrir la parte blanda de mi vientre. Me agité y rodé. Una cola segó las turbias aguas y la atrapé.

¡Sí, señor! Cerré las mandíbulas sobre algo y las apreté.

En ese mismo momento, ¡dolor! Una repentina punzada de dolor en mi pata trasera izquierda. El agua se tiñó de sangre. Él tenía mi pata y yo su cola. Nos agitamos hasta provocar espuma, rodando y apretando nuestras mandíbulas.

Muy lentamente, como si trepara por el interior de un pozo, sentí que mi propia mente, la mente de Rachel, empezaba a emerger de nuevo.

Estaba demasiado aturdida y agotada por la batalla para resistirme a la astucia del cocodrilo. El animal contaba con el poder que le daba su absoluta prioridad, su absoluta simplicidad. Mataba, comía y no le preocupaba nada más.

Rodábamos sin control por las aguas poco profundas. Dos cocodrilos genéticamente idénticos librando una batalla por la supremacía. Luchando por ver quién clavaba sus mandíbulas en la presa humana.

Vi imágenes de gente que nos miraba horrorizada desde arriba, del niño que empezaba a alejarse a gatas, de los otros cocodrilos deslizándose hacia el agua con la esperanza de hacerse con el chiquillo mientras dos cocodrilos adultos seguían enzarzados en una batalla sangrienta.

Necesitaba ganar para seguir viva. Y debía apresurarme si quería salvar al pequeño. Así que hice algo que al cocodrilo no se le da muy bien, pensar. Utilicé mi inteligencia.

Le solté la cola al tiempo que tiraba de mi pata con todas mis fuerzas, lo que provocó un efecto de tirachinas. Mi enemigo se fue hacia atrás y cuando vi pasar su pálida panza, le golpeé con fuerza.

Se alejó rodando, había perdido la batalla. Giré a la derecha para cortar el paso a los otros cocodrilos que ya iban a por el chico. Entonces salí disparado hacia la arena y me escabullí al interior del nicho para esconderme de las miradas de la gente. El chico huyó aterrado.

No tenía elección, tenía que intentarlo. Le hablé por telepatía.

<Eh, ¡chico! Soy el cocodrilo bueno, ¿vale? ¡Súbete a mi espalda!>

Por suerte el chico era simpático y lo bastante pequeño como para no cuestionarse el hecho de que le estaba hablando un cocodrilo.

Se subió a mi lomo como si yo fuese un poni. Bajé hasta el agua y le llevé hasta el montón de rocas falsas desde donde él podría trepar y ponerse a salvo. Los cocodrilos saben hacer muchas cosas, pero escalar no.

Regresé al nicho a toda prisa y recobré mi forma humana justo en el momento en el que llegaba media docena de cuidadores del zoo portando rifles cargados con dardos tranquilizantes y redes.

El chico estaba a salvo y yo también. Incluso el otro cocodrilo se puso bueno

gracias a una intervención quirúrgica.

Así que, después de todo, resultó ser una excursión bastante interesante. Y no tuvimos necesidad de escuchar la charla de la madre de Cassie.

—Ya entiendo —dijo Jake—. Según tú, no fue nada del otro mundo. Te metes en el foso de los caimanes y...

—Cocodrilos, no caimanes —corrigió Cassie.

—Te metes en un nido de cocodrilos —continuó Jake lanzándole una mirada a Cassie que la hizo callar—, te transformas en uno de ellos, te enzarzas en una batalla con otro por ver quién se zampa al chico, acabas llevándolo en tu espalda, ¿y todavía dices que no hay para tanto?

Me encogí de hombros y miré a Cassie buscando apoyo.

—Pero salvó al chico —señaló Cassie.

—Sí, pero también estuvo muy cerca de revelarle al mundo entero lo que es en realidad —acusó Jake, empleando esa voz grave y sedosa que utilizar cuando está muy enfadado.

Después de salvar a aquel niño lo normal hubiera sido que mis amigos me recibiesen como a una heroína, ¿verdad? Pues no.

Os describo la escena. Nos encontrábamos todos, Cassie, Jake, Marco, Tobías, Ax y yo en el granero de Cassie, también conocido como Clínica de Rehabilitación de la Fauna Salvaje, así que os podéis hacer una idea del lugar: jaulas a cada paso atestadas de animales con todo tipo de heridas o enfermedades, entre otros, mapaches, ardillas, patos, jabalíes, murciélagos, mofetas, águilas y ciervos.

Jake caminaba de un lado a otro, señal de que estaba enfadado. Siempre que lo está le da por moverse de arriba abajo. Es de los que nunca gritan, puede que le rechinen los dientes, pero su tono de voz seguirá siendo sedoso y suave.

Jake es nuestro líder, bueno, más o menos. Nadie le ha elegido, pero de haberlo hecho él habría conseguido todos los votos, excepto el suyo. La verdad es que nunca nos hemos planteado quién es el que debería dar las órdenes, probablemente porque todos sabemos que a mi primo no le hace demasiada gracia la idea. Lo es porque alguien tiene que serlo, no porque le haga sentirse importante, así de simple.

De no ser mi primo, pensaría que es un chico muy guapo. Por supuesto, Cassie opina que es perfecto. Ella y Jake andan tonteando, aunque ninguno de los dos lo admite, claro. La verdad es que nunca hablan del tema entre ellos y están convencidos de que nadie más lo sabe. Pero se gustan, creedme.

En fin, recostado sobre un fardo de heno, descansaba Marco, el mejor amigo de Jake. Marco no tiene madera de líder, es inteligente pero por desgracia malgasta todo su cerebro en bromas estúpidas. Bueno, quizá no todo su cerebro porque, en ese caso, las bromas serían buenas.

Marco es bastante resultón, aunque no tanto como él piensa. Según él, no hay nadie que lo supere. Tiene un ego desorbitado.

Después está Tobías que, posado sobre uno de los travesaños del techo, se arreglaba el plumaje con el pico.

Según la terminología andalita, Tobías es un *nothlit*, es decir, una persona atrapada en una forma. Para las transformaciones hay un límite de dos horas. Si permaneces transformado más de ese tiempo, te quedas para siempre atrapado en la forma que hayas adoptado.

Tobías era el típico niño rubio, siempre despeinado, de carácter dulce y aspecto soñador. Ahora es un ratonero de cola roja, un ave rapaz de ojos fieros e intensos en los que ya no quedan rastros de aquella mirada soñadora.

Al principio le costó superar el hecho de no ser totalmente humano. Por dentro lo sigue siendo, pero ahora vive en el bosque y para comer tiene que cazar. Su vida ha dado un giro completo.

Luego está Cassie, mi mejor amiga, aunque no nos parezcamos en nada. Es una persona maravillosa, dudo que conozca a otra persona tan responsable y eficaz como ella. No sólo va bien en el colegio, sino que ayuda a su padre a llevar la Clínica de Rehabilitación de la Fauna Salvaje y, para colmo, siempre está dispuesta a embarcarse en cualquier misión de los animorphs. No conozco a nadie capaz de mantener de media un notable alto y que a la vez tenga tiempo de cuidar animales salvajes y luchar contra el imperio yeerk.

Por último, y sin lugar a dudas el más estrambótico de todos, nuestro querido amigo Ax. Su nombre complejo es Aximili-Esgarrouth-Isthill. ¿Comprendéis ahora por qué le llamamos «Ax»? Por lo general, no asiste a las reuniones porque se tiene que transformar en humano y, según él, es peligroso caminar con sólo dos piernas.

Como dentro del granero estábamos a salvo, Ax había recuperado su forma natural, una genial combinación de cuerpo de ciervo azulado, brazos y hombros humanos y cabeza alienígena. No tiene boca. En cuanto a los ojos, tiene una par de seminormales en el sitio acostumbrado y otro par adicional en los extremos superiores de las antenas que le sobresalen de la cabeza.

Lo mejor es su cola, parecida a la de un escorpión, muy rápida y, sobre todo, peligrosa en los enfrentamientos.

Cuando estamos en el granero, Cassie suele aprovechar para limpiar jaulas o administrar algún medicamento a lagartos con insolación o lo que sea, pero supongo que esta vez se sentía con el deber de defenderme y permaneció a mi lado, con gesto de culpabilidad, y eso que ella no había hecho nada.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —le pregunté a Jake—. ¿Dejar que devorase al chico?

—¡Sí! —contestó Marco elevando el tono de voz—. Sí. Nuestro cometido es salvar al mundo entero, no sólo a un chico, y tú casi lo echas todo a perder en tu afán de ser Xena, la Princesa Guerrera y Superman.

<¿Han tenido un hijo Superman y Xena? No sabía que hubieran estado saliendo>, preguntó Tobías por telepatía.

Miré hacia arriba y le lancé una sonrisa. Por supuesto, no podía corresponderme con otra.

<Rachel —me susurró Tobías sin que los otros lo oyeran—, pregúntale a Jake qué hubiera hecho él en tu lugar. Ya verás como deja de darte la lata.>

No asentí ni hice ningún gesto que indicara que estaba hablando con Tobías en secreto.

—Jake, si yo no he hecho lo correcto, ¿qué habrías hecho tú?

Jake se detuvo.

—Nadie debe saberlo, ¿entiendes?

—Jake —le repetí—. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

## 6

Jake se rascó la oreja y esbozó una sonrisa tímida.

—Bueno, el hecho de que yo hubiera actuado igual que tú no significa que eso sea lo correcto.

—Pues yo creo que Rachel se comportó como una verdadera heroína —declaró Cassie.

<Rachel fue valiente y eso es una gran virtud>, corroboró Ax.

—Gracias, Obi-Wan Kenobi —dijo Marco mirando a Ax al tiempo que ponía los ojos en blanco—, por tu sabiduría. Por supuesto que se comportó como una heroína. Es así, no puede evitarlo, es como un tic nervioso. ¿Qué pasaría si alguien con una cámara de vídeo hubiese grabado precisamente el momento en el que ella se transforma?

De repente se me borró la sonrisa de los labios. Por mucha rabia que me diera, Marco tenía razón. Si alguien me hubiera grabado... Los yeerks están por todas partes y si vieran la metamorfosis sabrían enseguida quién y, sobre todo, qué era yo.

Los yeerks están convencidos de que somos un grupo de guerreros andalitas de élite. Si descubrieran que somos un grupo de niños humanos... acabarían con nosotros en menos que canta un gallo.

—En fin, Rachel, fuiste muy valiente, y también hasta tenido mucha suerte. Los periódicos dicen que te caíste en el foso por querer ver al niño. Menos mal que todos hablan de la asombrosa habilidad del chaval para subirse a lomos del caimán... cocodrilo. Ya tiene entrevistas en cinco programas de la tele.

—Fantástico. Yo soy la niñata estúpida que se cae al foso y el niño se convierte en un héroe.

—Ya puedes estar contenta de que haya sido así —replicó Jake.

En ese momento estuve a punto de mencionar lo mal que me encontré al adquirir el ADN del cocodrilo, pero no quería que Jake se preocupara aún más.

—¿Hemos acabado con la regañina? —preguntó Cassie levantando la mano—. Tengo muchas cosas que hacer.

—Yo no la he regañado —protestó Jake riéndose—. No soy el padre de nadie.

—Tú lo has dicho, papá —se burló Marco.

Estallamos en carcajadas y la tensión se diluyó hasta que Jake sacó a colación otro tema.

—Por cierto, Tom me ha comentado que La Alianza va a fichar como portavoz a ese chico de *Power House*.

—¿El programa de la tele? —añadió Marco—. Qué extraño. En fin, tengo un montón de deberes esperándome en casa, y además voy a probar el último juego de Nintendo. Es genial, en éste resulta que...

Dejó de hablar y se nos quedó mirando fijamente. Imagino que porque Cassie y yo nos habíamos quedado con la boca abierta.

—¿Qué mosca les ha picado a éstas? —le preguntó a Jake.

—¿Qué os pasa? —preguntó Jake intrigado.

—¿Jeremy Jason McCole? —repitió Cassie ensimismada.

—Sí —contestó Jake encogiéndose de hombros—, mala suerte, pero en realidad tampoco es tan importante. Es un simple actor del montón. No se trata de Michael Jordan...

—... o Brett Favre —añadió Marco.

<... o Waine Gretzky>, dijo Tobías.

<¿Qué es un actor?>, preguntó Ax.

—... o alguien más importante —continuó Jake—. Sólo es un actor de poca monda, un don nadie.

<¿Qué es un don nadie?>, preguntó Ax.

<¿Y el pelo que lleva?>, añadió Tobías burlón.

—¡Me encanta su pelo! —exclamó Cassie.

—Además es incluso más bajo que yo —insistía Marco.

—Pero es guapo —repliqué.

—Más que guapo —continuó Cassie—. Es el chico más guapo del mundo.

—Sale en todas las revistas —informé—, en *Teen*, *YM*, *Seventeen*.

—Y en *Semanario para tontos*, *Revista para renacuajos*, *El rey de la casa*... —añadió Marco y a continuación chocó los cinco con Jake, como hacen los deportistas.

Ignoré a Marco, que es lo que hago casi siempre y, tras asegurarme de que Jake estaba escuchándome, dije:

—Jake, no lo entiendes. La mitad de las chicas del colegio tienen un póster de Jeremy Jason McCole en la habitación, en la taquilla o en ambos sitios. Es el chico más guapo del país y en Internet puedes encontrar hasta veinte páginas web sobre él. Si ahora se convierte en la imagen de La Alianza, el resultado... —miré a Cassie en busca de ayuda.

—Sería como si todo el reparto femenino de *Los vigilantes de la playa* hiciera algo por el estilo —dijo Cassie.

—Eso es, exactamente igual.

—¿Quieres decir que ese actor tiene tanta influencia? —la sonrisa de Jake se evaporó.

—¿Tanto vale? —añadió Marco—. ¿Tanto como para estar a la altura de *Los vigilantes de la playa*?

<¿Tanto como Yasmine Bleeth?>, fantaseó Tobías.

<¿Bleeth? —repitió Ax—. ¿Es eso una palabra?>

—Si Jeremy Jason McCole empieza a promocionar La Alianza, os aseguro que

habrá cientos de suscripciones nuevas.

—Entonces es muy serio —concluyó Jake.

—Sí, Jake, desde luego que lo es. Debemos impedirlo.

—Claro que... —añadió Cassie mirándome de reojo— para conseguirlo tal vez sea necesario conocerlo.

—Debemos cumplir con nuestro deber —insistí—. Lo primero será averiguar si se trata en realidad de un controlador.

—Y para eso habrá que conocerle.

—Acercarse...

—Mucho.

—Desde luego.

—Mmmm-mmm.

—¡Me estáis poniendo enfermo! —protestó Jake.

A las siete, después del telediario, siempre daban *Power House*. Lo veía con mis hermanas pequeñas, Sara y Jordan. Sara es demasiado pequeña para tener una opinión formada sobre los chicos. Pero Jordan y yo nos pasamos pocos años.

—¿A ti te parece guapo Jeremy Jason McCole? —le pregunté una vez.

—En una escala del uno al diez, yo le daría un mil.

—Sí, sí que es guapo —asentí.

—Es incluso más guapo que ese chico, Marco, ya sabes, el amigo del primo Jake.

—Sí, ya sé quién es Marco —respondí con prudencia, casi me estremezco—. ¿De verdad crees que Marco es guapo?

—Claro.

—Jordan, no se lo digas nunca. Jamás de los jamases. Le harías un favor al mundo y sobre todo a mí.

—¡Como que se lo iba a decir!

—¿No pensarás también que es más guapo que Jeremy Jason?

—Claro que no, Jason es famoso.

—Ya. Una cosa, imagínate que existiera un club en el que podrías conocer a Jeremy Jason en persona, ¿te apuntar...?

—¿Sí? ¿Dónde? ¿Cuál? —exclamó pegando un brinco.

Aquello respondía a mi pregunta. No había sido ninguna estupidez preocuparse por las consecuencias que traería el hecho de que Jeremy Jason hablara en favor de La Alianza. Al contrario, empezaba a convertirse en un problema muy serio.

Si los yeerks utilizaban a Jeremy Jason como reclamo para conseguir nuevos miembros de La Alianza, ¿qué vendría después?

Vi *Power House* desde una perspectiva diferente porque ya sabía algo más sobre uno de los actos. ¿Cómo era posible que alguien como Jeremy Jason McCole se convirtiera en controlador?

Me negaba a aceptarlo. Quizá si yo lo evitara, bueno, quién sabe...

Después de cenar y de *Power House*, subí a mi habitación con la firme intención de ponerme al día con todos los deberes atrasados. Tenía que presentar un trabajo de cinco páginas, como mínimo, y sólo tenía cuatro, así que cambié el tipo de letra y los márgenes hasta conseguir que lo que había escrito ocupara más o menos cinco páginas. Después pulsé el botón «Imprimir» y recé para que el profesor no se diera cuenta de lo que acababa de hacer.

—¿Rachel? Voy a salir a comprar leche —gritó mi madre desde la planta de abajo—. Te quedas al cuidado de la casa.

Salí del procesador de textos y me conecté a Internet. Abrí la ventana, hacía buena noche y Tobías acostumbraba a visitarme a esas horas.

A continuación fui directamente a algunas de las páginas web de Jeremy Jason.

—Hay que conocer a fondo al enemigo —murmuré para mí. Aunque en realidad yo no pensaba en Jeremy Jason como en mi enemigo.

Tardé un buen rato en cargar la página del actor y, tras varios mensajes de acceso ocupado, lo conseguí. Lo primero que apareció en pantalla fue una foto enorme del actor.

—Demasiado guapo para ser un controlador —reflexioné en voz alta.

Examiné la página. En la parte inferior había un pulsador que conducía a su biografía, un documento de dos páginas que imprimí enseguida. Después hice clic en el pulsador que contenía su agenda, con todos los actos de días pasados. Seguí bajando por la página y de repente, ¡Dios mío!

Me detuve y retrocedí. Allí estaba, el día veinticuatro Jeremy Jason estaba invitado al programa de *Barry y Cindy Sue*, que tenía lugar en la calle... en nuestra ciudad, faltaban sólo dos días.

«¡Dos días! ¡Jeremy Jason McCole aquí, en persona!»

Agarré el teléfono y llamé a Cassie de inmediato.

—¡Que viene!

—¿Quién? ¿Qué?

—Jeremy Jason. ¡Está invitado al show de *Barry y Cindy Sue* que se va a hacer aquí, en nuestra querida ciudad!

—¡Qué dices!

—Sí, sí, en serio —colgué y entré en otra página de Internet para confirmar aquel notición.

Me costaba trabajo respirar. Estaba emocionada. Ya sé que es una bobada perder la cabeza por un actos de televisión, pero Jeremy Jason McCole había sido mi primer amor. Me enamoré de él cuando tenía diez años.

Tomé aliento en un intento por calmarme, pero sin éxito. Mi respiración era entrecortada, agitada, y notaba una tremenda opresión, como si me estuvieran estrujando. Entonces sentí una oleada de calor por todo el cuerpo.

Aquello no tenía nada que ver con Jeremy Jason McCole. Algo raro me estaba pasando. Me faltaba el oxígeno.

Me retiré del ordenador y respiré hondo. Fue entonces cuando vi mi mano derecha. Había cambiado de color, era verde, pero de un verde oscuro y moteado como el de un reptil.

—Pero ¿qué demonios...?

Comprobé la mano izquierda. Verde, también había cambiado y cada vez era más áspera. ¡Me estaba transformando!

Mi cuerpo se cubrió de escamas. Salté de la silla y me miré en el espejo. Mi cara empezaba a proyectarse hacia delante y, poco a poco, iba configurando un hocico verde y negro de tamaño descomunal.

No le deseo aquello ni a mi peor enemigo.

—¡Ahhhhh! —bramé.

La protuberancia se abrió de repente y apareció una hilera de dientes alargados y amarillentos.

—¡Crkkkk! —exclamé. Mi boca ya no era capaz de emitir sonido humano inteligible.

Mis piernas se encogieron y, sin poder evitarlo, caí de bruces. Sentí que mi columna se estiraba hasta formar la enorme cola.

¡No! ¡No! ¡No quería transformarme! Pero me resultaba imposible impedirlo. Los cambios se sucedían a toda velocidad. Impotente, allí, tirada en el suelo, me convertía en un cocodrilo asesino de unos seis metros de largo.

«¡Rachel, para! ¡Recupera tu forma humana! —me ordenaba una y otra vez—. ¡No sigas!»

Sin embargo la metamorfosis continuaba y la habitación se me quedaba pequeña. Mi hocico chocó contra uno de los rincones y mi cola se extendió por debajo de la cama y se enrolló como pudo en el rincón opuesto.

¿Qué me estaba ocurriendo?

Si Jordan o Sara o mi madre entraran en ese momento en mi habitación, me descubrirían, pero lo peor de todo era que no sabía si sería capaz de controlar al cocodrilo. Tenía hambre.

«¡Concéntrate, Rachel! ¡Concéntrate! ¡Vuelve a tu forma humana!»

No funcionaba y aunque empecé a notar cambios, ninguno indicaba que estuviera recuperando mi forma humana. La sensación que yo tenía era la de que mi cuerpo se estrechaba por varias partes hasta formar tres secciones diferentes: cabeza, abdomen y tórax.

¡Me estaba convirtiendo en un insecto!

Entonces me asusté. Es imposible transformarse de un animal a otro directamente o, al menos, eso creíamos. Pero estaba claro que aquél no era mi cuerpo humano.

Todavía era un cocodrilo, aunque mi enorme cabeza estaba unida al resto del cuerpo por un cuello finísimo, y la zona que conectaba el tronco rechoncho del animal con la cola se había estrechado hasta alcanzar el tamaño de una cintura

humana.

<¡Esto no puede estar pasando! —gimoteé—. ¡Tiene que ser un sueño!>

Por desgracia sabía que no era así. Había tenido cientos de horribles pesadillas y nada tenían que ver con lo que estaba ocurriendo.

Oí el chirrido de mis huesos al vaciarse y desaparecer y vi cómo las escamas verdes del cocodrilo adquirían una tonalidad marrón, casi negra, y el exoesqueleto crecía hasta cubrirme todo el cuerpo, a modo de armadura.

En mi espalda despuntaron enormes pelillos puntiagudos. Los dientes se derritieron y se solidificaron para formar un horripilante tubo alargado de color negro y aspecto repulsivo. De los costados me crecieron dos patas con múltiples articulaciones rematadas en punta.

Reconocía los cambios de otras veces, pero nunca habían ocurrido de esta forma.

Estaba a punto de convertirme en mosca y como los cambios nunca siguen un orden lógico, mi aspecto era el de una mosca enorme. No había tenido tiempo de encogerme.

De repente, empecé a menguar. Todo sucedió muy rápido y de seis metros pasé a medir menos de un centímetro.

Quería gritar, que alguien me ayudara. Pero ¿quién? ¡Nadie! ¡Absolutamente nadie!

A continuación mis ojos de reptil se hincharon y estallaron como si fueran globos. El mundo se dividió en miles de imágenes diminutas a través de los ojos compuestos de la mosca.

La cabeza me daba vueltas. Tenía que tratarse de una pesadilla. No podía ser que me estuviera pasando de verdad.

Me encogía a una velocidad tan vertiginosa que los rincones de la habitación ascendían a toda velocidad. La veta de la madera se hacía cada vez más visible, más grande y más oscura y las separaciones entre los tablones parecían zanjas.

Entonces, tras una fuerte sacudida, cesé de menguar y comencé a crecer de nuevo.

La veta de la madera disminuía de tamaño, al igual que la separación entre los tablones.

Las patas adicionales desaparecieron, y las cuatro que me quedaban aumentaban a lo ancho y a lo largo.

<¡Por favor, que alguien me ayude!>

¡Boing! ¡Boing!, los muelles de mi cama salieron despedidos, incapaces de soportar la presión. La habitación se me quedaba pequeña, mi tamaño era mayor que el del cocodrilo. Las estanterías se desplomaron, el escritorio se incrustó en la pared y saltaron chispas del ordenador hasta que la pantalla se quedó negra por completo.

Ya no cabía. Era enorme, tanto que debía de pesar toneladas. ¡Dios mío, me estaba convirtiendo en un elefante africano adulto! Y lo peor era que aquello estaba

sucediendo en mi pequeña habitación.

¡C-r-r-r-r-a-a-a-k!

<¡Oh, no!>, exclamé. Sentía que el suelo cedía literalmente bajo mi peso al tiempo que mi cabeza empujaba con fuerza el techo.

¡C-r-r-r-UNCH!

La madera crujió y el suelo cedió.

¡C-r-r-r-a-BUUUM!

¡Qué horror! El mundo se hundió y, de repente, me encontré en la cocina.

¡CRASH!

¡CRAANCH!

Me tambaleé y me desplomé sobre los escombros de mi habitación y de la cocina, que quedó destrozada. ¡Qué desastre! No entendía nada.

La cocina se había salido de su sitio y un tablón atravesaba la puerta de cristal del horno. La nevera estaba abierta y todo su contenido se había derramado por el suelo. Había leche por todas partes y seguía manando de un cartón abierto.

¡Sara! ¡Jordan! ¿Estaban en la cocina cuando se desplomó el techo? ¿Y mi madre?

¡Oh, Dios mío! Nadie habría sobrevivido de haberle caído encima todo aquello.

—¡Rachel! ¡Rachel!

Era la voz de Jordan. Sólo parecía asustada. Mi oído de elefante me informó de que estaba en el pasillo. Desde allí le resultaría imposible verme tras los escombros.

No podía responderle, porque no tenía boca ni garganta humanas.

Me concentré en mi propio cuerpo, mi yo humano, y empecé a encogerme cada vez más deprisa.

De repente los tablones y la pared ya no me comprimían tanto.

—¿Policía? —oí a Jordan decir en el pasillo—, ¡tenemos una emergencia! ¡Nuestra casa se ha derrumbado!

Casi me echo a reír... de haber estado segura de que Sara y mamá estaban bien. Entonces lo recordé, mi madre había salido. Ahora sólo me quedaba Sara.

Mientras tanto, lo que más deseaba ver en ese momento empezó a hacerse realidad ante mis ojos: carne humana emergía de mi piel gris de elefante. Seguía a cuatro patas, pero ya apreciaba cómo se iban formando los dedos a medida que surgían de los enormes pies del elefante.

—¡Rachel! Rachel, ¿dónde estás? —gritó mi hermana.

Esta vez era Sara. Supongo que se había puesto al teléfono. Por fin pude respirar tranquila.

—¡Sí, vengan enseguida! ¡Por favor! ¡Creo que mi hermana está atrapada!

Mi cara sorbió la trompa y dejó sólo mi naricilla humana. Me aclaré la voz, no estaba segura de poder hablar todavía.

—¿Jordan? —llamé. Sí, era mi voz, ¡mi propia voz humana!

—¿Rachel? ¿Eres tú?

—¿Y quién si no? —respondí sin ánimo de sonar sarcástica. Es que estaba medio muerta de miedo y en esos casos soy un poco seca.

—Ésa es mi Rachel —dijo Sara—. ¿Estás bien?

—Tengo algunos golpes —expliqué—, pero creo que sobreviviré.

Si hubiera estado en mi forma humana cuando se desplomó el suelo, casi con toda seguridad habría muerto o estaría camino del hospital para una buena temporada. Claro que, por otra parte, de haber conservado mi forma humana el suelo no habría cedido.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué diablos me había transformado?

Aún tenía unos minutos para pensar en lo ocurrido antes de que los bomberos, la policía, mi madre y la totalidad de los vecinos de las seis manzanas más cercanas aparecieran por allí. Pero no tenía respuesta alguna.

Me había transformado sin querer.

Los chicos de la brigada de bomberos me desenterraron de entre los escombros. No hacían más que repetirme que no me preocupara, como si fuera tan fácil, ¿qué sabían ellos? ¿O es que alguna vez se habían transformado en cocodrilo? A ver, ¿quién de ellos había experimentado una transformación descontrolada tras otra, eh?

Para cuando me hubieran sacado de allí, mi madre ya había llegado a casa, lo que supuso una larga serie de gritos, lamentos, abrazos y lloros. Me hicieron subir a una ambulancia para llevarme al hospital y examinarme.

Durante un rato todo fue como en la serie de televisión *Urgencias*. Yo insistía en que estaba bien, pero nadie me creía. Nadie creía que una casa se desplomara sobre una chica y ésta pudiera salir ilesa.

Entonces la televisión se enteró de que yo era la misma que se había caído al foso de los cocodrilos. Así que me tiré una hora respondiendo a preguntas de lo más estúpido rodeada de reporteros que me tenían cerrada con sus cámaras y luces.

Me hallaba sentada en la cama del hospital, con los leotardos negros que me pongo cuando me transformo, rodeada por los cuatro costados de micrófonos agresivos y obsesionada con una idea: «seguro que llevo el pelo hecho un asco».

—¿Cómo te sientes tras haber sido sepultada por tu propia casa después de tu caída en el foso de los cocodrilos?

—No muy bien —respondí.

—¿No crees que tienes una suerte extraordinaria?

—Hombre, pues no. Si tuviera tanta suerte dejaría de caerme por todas partes, ¿no le parece?

—Pero saliste ilesa en ambas ocasiones.

—Yo creo que tener suerte es ganar la lotería, no que se caiga la casa encima.

Detrás de tanta cámara vi una cara familiar, Cassie. Nos miramos y no pude por menos que estremecerme.

—¿Tienes algún consejo que dar a otros chicos como tú?

—Sí, mi consejo es que no se caigan en los fosos de los cocodrilos ni que se les derrumbe la casa.

Después de esa respuesta, imagino que los periodistas comprendieron que me

estaba poniendo un poco sarcástica. Ya tenían suficiente información, lo que agradecí porque empezaba a estar cansada.

—¿Cariño, te encuentras bien? —preguntó mi madre por enésima vez después de que hubieran desaparecido de allí las cámaras.

—Eso, ¿qué tal estás? —añadió Cassie, que estaba a su lado, haciendo esfuerzos por que su voz sonara neutra.

—Estoy bien —afirmé encogiéndome los hombros—, y estaría aún mejor si no me hubiera convertido de repente en «La Increíble Chica Tropezona».

Por desgracia, no le podía contar a mi madre lo que había sucedido. A Cassie sí, pero antes debía esperar a que nos quedásemos a solas.

—Eres increíble Rachel —rió mi madre mientras me revolví el pelo—. Es un milagro que hayas sobrevivido, creo que deberíamos dar gracias.

—¿Gracias? Mamá, nuestra casa ha quedado destrozada.

—La tenemos asegurada —me tranquilizó con una sonrisa—, además es posible que tengamos en nuestras manos el mayor caso de indemnización de la historia. Las casas no se caen así como así. Podemos llevar a juicio al constructor, a los contratistas, a los inspectores municipales, a los dueños anteriores, a los...

Y así siguió durante un buen rato. Es que mi madre es abogada.

—¿Nos podemos ir ya?

—Los doctores dicen que estás bien, pero la cuestión es ¿adónde vamos? No podemos volver a la casa y...

—¡Papá!

Vi su cabeza sobresalir por detrás de Cassie. Mis padres están divorciados y ahora él vive en otro estado, pero nos vemos todos los meses. Bueno, casi todos.

—Hola, Dan —saludó mi madre con aquella amabilidad postiza que utilizar cuando habla con mi padre.

—Hola, Naomi —respondió él en el mismo tono, y luego, ya con su tono habitual, preguntó—: ¿Cómo está mi chica?

—Ya ves, papá, lo de siempre —aseguré encogiéndome de hombros—. Un día de lo más normal, un poco de buceo entre cocodrilos por la mañana y por la tarde se me cae la casa encima.

Se rió. Mi padre es genial. De hecho él también trabaja en la televisión, pero no es como los periodistas que me habían estado incordiando, sino uno de esos tipos de aspecto responsable y formal que aparecen en los informativos serios.

Bueno, sólo en la televisión, porque en la realidad es muy diferente.

—Vi lo del zoo en las noticias —explicó— y tomé el primer vuelo. Nunca pensé que harías dos de las tuyas en el mismo día.

—Bueno, pero por esta semana ya vale —aclaré—. Ya he tenido suficiente diversión.

Mi padre se rió y mi madre entornó los ojos. Ella cree que le prefiero a él, lo cual no es cierto en absoluto. Lo que ocurre es que a ella la veo cada día y a él no.

—Por cierto, ¿dónde os vais a alojar? —le preguntó a mi madre.

—En casa de mi madre, supongo —respondió y bajando la voz matizó—: por lo menos hasta que consiga sacarme completamente de quicio.

—Mira —sugirió mi padre, que la comprendía a la perfección—, me voy a quedar en la ciudad un par de días y he pensado que quizá podría proteger a Rachel de los periodistas.

—Me parece que ya no les interesa esta historia —respondió mi madre.

—No te fíes —le advirtió mi padre—. Hasta ahora se han limitado a conseguir algo que ofrecer en las noticias de la noche. Ésta es una buena historia por su contenido humano, pero como reportero que soy igual consigo ahuyentar a algunos de ellos.

—Rachel se puede venir a mi casa —invitó Cassie—. A mis padres no les importará.

—Gracias, Cassie —agradeció mi padre guiñándole un ojo y luego me dijo—: Escucha, Rachel, he reservado una suite en el hotel Fairview, ¿por qué no te vienes conmigo hasta que pase todo esto? Ya sabes, servicio de habitaciones, gimnasio...

—¡Genial! Es decir, ¿te parece bien, mamá?

—Bueno, parece sensato —contestó un poco enfadada.

En ese preciso instante me di cuenta de la maravillosa oportunidad que se presentaba ante mí.

—¿Papá? En cuanto a eso que comentabas de que todos los programas de entrevistas podrían estar interesados, ¿no te parece que sería una buena idea si aceptara participar en alguno? ¿No crees que entonces los demás me dejarían en paz?

—Sí —asintió—. Pero, cariño, no tienes por qué ir a ninguno. Puedo hacer que te dejen tranquila.

—Ya, pero ¿por qué no ir a uno? —insistí—. De hecho... ¿qué te parece el programa de *Barry y Cindy Sue*? He oído decir que venían a la ciudad.

Mis padres pusieron cara de no entender nada, pero por la expresión de Cassie deduje que ella sí había adivinado mis intenciones.

—¿Barry y Cindy Sue?

—Rachel, ¿por qué razón ibas tú a querer salir en el programa de *Barry y Cindy Sue*?

La boca de Cassie no podía estar más abierta. Me miraba sin comprender que yo pudiera pensar en el tema de Jeremy Jason McCole en un momento como aquel.

—Verás, papá, es que hay un chico, un acto... uno que es muy mono...

Fui directamente al hotel desde el hospital. Todo el mundo insistía en que necesitaba descansar. Lo que en realidad necesitaba era respuestas.

¿Qué me estaba pasando?

La habitación estaba en la planta veintidós. Me imaginé lo que pasaría si de repente volvía a transformarme en elefante: atravesaría veintidós pisos.

¿Qué diablos estaba ocurriendo? No dejaba de mirarme las manos y los pies para asegurarme de que seguía siendo totalmente humana.

Necesitaba hablar con alguien que me entendiera, alguien con quien poder hablar francamente. Mi padre es genial, pero no cesaba de repetir que el suelo no se hunde así sin más. No hay que olvidar que la casa no tenía más de diez años. Y ya que estamos en materia, ¿por qué los del zoo no construyen barandas más altas para que la gente no se caiga en el foso de los cocodrilos?

Yo no me había caído al foso ni mi casa se había desplomado porque sí. Me había convertido en una animal que pesaba más que dos camiones juntos, y las casas no están acondicionadas para elefantes.

Me moría de ganas de telefonar a Cassie y hablar con ella, pero sobre ese tema tenemos reglas muy estrictas. Nunca puedes estar segura de quién estará escuchando la conversación, así que tuve que esperar.

Opté por llamar al servicio de habitaciones.

—Tráigame una ensalada con aderezo de semillas de amapola y mmm... una hamburguesa con queso y patatas fritas. Y pastel de cereza. Ah, y anule la ensalada.

No era momento de preocuparse por la alimentación sana, ni la grasa. Tenía hambre y había sido un día largo y muy duro así que me merecía un poco de comida basura.

—¿Hacen ustedes batidos de chocolate?

Con el mando a distancia comprobé la oferta de los canales de pago. Sólo había películas de artes marciales, de crímenes, de acción y aventuras... Lo que yo necesitaba era una bonita película de amor. Mi vida ya tenía bastante acción.

Sonó el teléfono y pensé que sería alguien del servicio de habitaciones.

—¿Sí?

—¿Estás sola? —era la voz de Cassie. Qué alivio. Hasta entonces no me percaté de lo increíblemente tensa que estaba.

—No sabes cómo me alegro de oír tu voz. Sí, mi padre se ha marchado. No volverá hasta dentro de un par de horas.

—¿Se puede abrir la ventana de tu habitación?

Me levanté para comprobarlo y, en efecto, se abría con facilidad.

—Sí. ¿Vas a venir?

—Cuenta unos cinco minutos y después enciende y apaga las luces para que yo localice la ventana.

Mientras esperaba a Cassie, aproveché para llamar al servicio de habitaciones y pedir que subieran la ensalada y otro trozo de pastel para Cassie.

Aunque aguardaba su llegada de un momento a otro, me llevé un buen susto cuando un enorme búho se coló por mi ventana.

<¿Todo en orden?>, preguntó Cassie inquieta.

—Sí, pero date prisa porque el servicio de habitaciones está a punto de llegar.

Ver cómo alguien se transforma no es un espectáculo demasiado agradable. Es más, si no te lo esperas, puede convertirse en la experiencia más horrible que jamás hayas vivido. Estoy segura de que saldríais corriendo como alma que lleva el diablo, sobre todo en algunos casos. Creedme, es mejor para vosotros no ser nunca testigos de cómo una persona se convierte en mosca o en araña. Si creéis haber pasado miedo con lo que habéis visto en la tele o en las películas de terror, esperad a ver a un amigo transformarse en bicho. Tendréis pesadillas para rato.

La única que consigue que las metamorfosis no sean del todo espantosas es Cassie. Posee un talento natural para ello.

Por eso parecía casi normal que las plumas comenzaran a derretirse para dejar paso a su piel. Ni siquiera resultó demasiado extraño que de las temibles garras de búho surgieran sus piernas humanas.

Lo último que cambió fue su cabeza. Cassie es capaz de controlar el orden en que se suceden las alteraciones. A mí no me sale ni por casualidad, ni siquiera a Ax.

Para terminar, los ojazos negros de Cassie sustituyeron a los enormes ojos de búho.

Llamaron a la puerta.

—Es el servicio de habitaciones —le informé para tranquilizarla—. Te gustan los pasteles, ¿verdad?

El camarero empujó un carrito al interior de la habitación. Qué visión tan maravillosa: hamburguesa, ensalada para Cassie, dos trozos de pastel y mi batido. Le extendí un cheque y añadí algo de propina. Veréis, he ido a visitar a mi padre a hoteles cientos de veces, sé cómo comportarme.

Cuando el camarero se fue, Cassie se echó a reír.

—Vas a tener que ser rica cuando seas mayor, Rachel. Te mueves como pez en el agua. Has nacido para hacer esto.

—Bueno, tengo un don especial para gastar dinero —sonreí—. ¿Qué puedo decir? Es mi cruz.

—Bueno, cuéntame —me apremió Cassie poniéndose muy seria—. ¿Qué ha pasado?

—¿Es que no te crees que el suelo de mi habitación se haya derrumbado así por

las buenas?

—Pues no —contestó mi amiga moviendo la cabeza.

—Creo que... —le di un bocado a la hamburguesa—. Debí quedarme dormida. Estaba navegando por Internet... cuando de repente empecé a transformarme en el enorme cocodrilo de esta mañana —me encogí de hombros y seguí con la hamburguesa.

—¿Empezaste a transformarte así sin más?

—Sí. No sé... Juraría que estaba despierta, pero debía de estar soñando.

—Ya. Yo sueño constantemente —replicó Cassie— y nunca me he transformado en sueños.

Me negaba a rechazar la posibilidad de que hubiera sido fruto de una pesadilla, porque la alternativa, es decir, que era incapaz de controlar las metamorfosis, resultaba escalofriante.

—¿Vas a comerte la ensalada? Ha costado diez dólares.

—Todos hemos sufrido pesadillas pero a ninguno le ha dado por transformarse por las buenas —Cassie hundió el tenedor en la ensalada sin dejar de mirarme.

—¿Qué puedo decir? —añadí al tiempo que me concentraba en la hamburguesa—. Supongo que eso fue lo que pasó, estaría soñando.

—¿Te transformaste en cocodrilo y entonces el suelo se hundió?

—La verdad es que... —me revolví nerviosa—, verás, cuando el suelo cedió me había transformado en elefante. Creo que la parte del cocodrilo la soñé porque me transformé directamente en otro animal y entonces... cuando me desperté, era un elefante.

—Rachel —dijo Cassie con la vista fija en el plato, como si se sintiera violenta—, estás hablando conmigo, Cassie, tu mejor amiga. Sé que no me estás contando toda la verdad.

Se me quitó el apetito de golpe. Dejé lo que quedaba de hamburguesa.

—Está bien. Mira, no sé muy bien lo que pasó, ¿vale? Estaba conectada a Internet y supongo que me fui atontando poco a poco, como siempre me pasa cuando miro la pantalla durante mucho rato. De repente, empiezo a transformarme en cocodrilo.

—Debemos contárselo a Ax. Como es andalita, sabrá si esto es normal.

—Pues espero que no —añadí—. Podría haber matado a Jordan y a Sara. Por suerte estaban en el comedor. No quiero ni pensar lo que hubiera pasado de haber estado en la cocina.

—No lo pienses —concluyó Cassie—. Hay que hablar con Ax.

—Por favor —le pedí tras agarrarle la mano—, no se lo digas a Jake, ¿de acuerdo? Ya sabes que se toma todo muy a pecho. Si se entera de esto, no me permitirá hacer nada y me obligará a quedarme en casa.

—Eso es lo que deberías hacer.

—No —agité la cabeza con fuerza—. Ahora lo que necesito es centrarme. Cuanto más centrada esté, menos posibilidades habrá de que esto vuelva a repetirse. No me volverá a pasar —ojalá fuese verdad.

Agarré la hamburguesa. Cassie me observó durante un momento y después picoteó la ensalada.

—De acuerdo —añadió al cabo de un rato—, pero primero hablaremos con Ax.

—Trato hecho —acepté.

—Por cierto, Jeremy Jason McCole ya está aquí.

—¿Qué?

Cassie asintió y sonrió.

—Salió en *Entertainment Tonight* y al parecer va a pasar la noche en el enorme yate de no sé qué productor de películas. Debe de estar allí ahora.

—Todavía nos queda averiguar si es o no un controlador —le recordé—. Le pregunté a Jordan qué haría si supiese que existe un modo de acercarse a Jeremy Jason McCole y prácticamente me contestó que sería capaz de caminar descalza sobre cristales rotos.

—No me extraña. Hace un año yo estaría detrás de ella en la cola —replicó mi amiga con una sonrisa perversa—. El amor puede con todo.

—¿Y qué quieres que hagamos? —le pegué otro bocado a la hamburguesa—. ¿Ir al yate? El productor también podría ser un controlador.

—Precisamente hemos hablado de eso y hemos pensado que mañana, después de clase, podríamos ir y echar un vistazo.

—¿Jake, Marco... todos? ¿Ellos también vienen?

—No sé por qué, pero no quieren dejarnos a solas con Jeremy Jason, al parecer no se fían.

—ASÍ que en un yate, ¿no? —reflexioné—. Seguro que estará en traje de baño.

—Mmmmmm.

—Mmmmmmm.

Me desperté al menos cincuenta veces por la noche para comprobar si seguía siendo humana. Además soñé unas cosas muy raras. Recuerdo por ejemplo que me transformaba en Jeremy Jason, pero conservaba los ojos de mosca.

Definitivamente pasé una mala noche. A las cuatro de la mañana mi padre, que dormía en la habitación contigua a la mía, entró para decirme que le había despertado.

—Estabas gritando, «¡Un cocodrilo, no un caimán!» —me informó.

Por suerte, pensó que era fruto del estrés del día anterior. Tenía razón, pero sólo conocía parte de la historia.

A la mañana siguiente tomé un taxi para ir al colegio, era más rápido que ir en autobús. Como dice Cassie, no me quedará más remedio que ser rica cuando sea mayor.

Durante las dos primeras horas de clase tuve que soportar comentarios de todo tipo:

—¡Ey! ¡Ahí está Cocodrilo Dundee!

—¡No te acerques! A ver si se va a hundir el colegio.

Después estaban los envidiosos:

—Supongo que te crees muy lista sólo porque has estado a punto de morir dos veces en el mismo día, ¿no?

—Pues sí —contesté—. Cuando salga de clase, para demostraros lo lista que soy me voy a arrojar por un acantilado.

Hacia la hora de comer, la amyoría había comprendido que yo no quería hablar del tema.

Después el subdirector me llamó a su oficina, es decir, el mismísimo Chapman.

Supongo que debo explicarme. Veréis, Chapman es uno de ellos, sí, un controlador con un cargo muy importante. Y además es uno de los dirigentes de La Alianza.

Una vez estuvo a punto de matarme. No sabía que era yo, claro, pero de cualquier forma eso no se olvida con facilidad.

Mientras me dirigía a su oficina por el desolado pasillo imaginaba la forma de escapar si Chapman me estuviera esperando con un puñado de guerreros hork-bajir.

—Rachel, pasa, pasa. Siéntate, por favor.

Chapman es físicamente normal, está un poco calvo, pero no hay nada en él que llame la atención. Ése es el problema con los controladores, no hay forma de distinguirlos.

—¿Algún problema, señor Chapman? —pregunté sin ocultar mi nerviosismo. Me sentía como cualquier otro niño al que llevan a dirección, así que no resultaba muy

difícil parecer nerviosa.

—No, no —dijo al tiempo que movía su mano para quitarle importancia al asunto—. Sólo quería hablar con la gran celebridad.

Me senté, pero seguí intranquila y preparada para entrar en acción a la mínima. ¿Sospecharía algo Chapman? ¿Habría averiguado que lo del zoo no había sido un accidente y que era yo el cocodrilo que puso a salvo al niño?

De ser así, estaba perdida. Los yeerks están convencidos de que somos un grupo de andalitas. Veréis, saben que se ha formado una pequeña resistencia, cuyos miembros son capaces de mutar. Lo que no se les ha ocurrido pensar es que éstos podrían ser humanos.

Si supieran la verdad... Ahora comprenderéis por qué nuestro empeño en ocultarlo.

—Así que...

—Así que... —repetí.

—Vaya día ayer, ¿no? —continuó Chapman.

—Sí, señor.

—Tuviste mucha suerte, y dos veces seguidas.

—Sí, supongo que sí, aunque para mí fue un mal día por partida doble.

Asintió como si hubiera hecho una reflexión profunda y después añadió:

—¿No te hiciste nada?

—No —contesté.

—Asombroso —replicó. Acto seguido, la expresión de sus ojos cambió y me miraron con intensidad—. Rachel, este último semestre tus notas han bajado. No mucho, la verdad, pero tus profesores dicen que no te estás esforzando como antes.

—Todavía tengo un sobresaliente de media —observé.

—Por los pelos.

Me revolví en la silla. Aquella situación empezaba a ponerse incómoda, no estaba segura de si quien me interrogaba era un peligroso controlador que sospechaba de mi verdadera identidad o un subdirector que me daba un toque de atención porque mis notas habían bajado.

—¿Ha habido algún cambio importante en tu vida últimamente?

Me dio un vuelco al corazón. ¿Que si había cambiado algo en mi vida? ¿Algo así como que un extraterrestre te conceda el don de cambiar de forma y a consecuencia de ello te veas envuelto en una guerra contra gusanos alienígenas que se proponen invadir la Tierra?

—Um... no —contesté—, que yo sepa no ha habido grandes cambios en mi vida.

—Tus padres se han divorciado, ¿verdad? —añadió dirigiéndome una sonrisa comprensiva—. ¿Y verdad que tu padre se ha marchado de casa?

—Ah, bueno, sí —intenté no parecer aliviada, pero aun así no pude evitar dejar

escapar un suspiro—. Quizás eso haya influido. Es posible que me haya creado algún pequeño trauma.

Me empezaron a picar los pies. Qué extraño, justo en ese momento, con Chapman escudriñándome como si tratara de desentrañar un misterio. Pero no podía evitarlo, el picor iba en aumento... y entonces empecé a notar una oleada de calor recorriéndome el cuerpo.

—Bueno, como seguramente ya sabes, Rachel, dirijo un grupo maravilloso llamado La Alianza.

En ese momento, sentí que mi corazón se paraba.

Se perdió unos cuatros latidos y luego volvió a bombear, a mil por hora.

—¡Sí, sí! —asentí, al tiempo que intentaba frenar aquella subida de adrenalina.

«Prepárate —me decía mentalmente—. Prepárate».

—Nos gusta pensar que nuestra organización sirve de ayuda para niños que están pasando por un mal momento —explicó Chapman—. Montamos toda clase de actividades para pasarlo bien. Vamos de acampada, organizamos barbacoas en la playa. Sin ir más lejos, hace un mes más o menos, fuimos de excursión a la montaña para hacer esquí acuático en una laguna.

Podría haber contestado: «Ya lo sé. Nosotros estuvimos allí, aunque resultaba un poco difícil reconocernos».

—Qué divertido —respondí.

—Lo es —aseguró Chapman con total sinceridad—. Muchos de nuestros miembros son chavales que tienen problemas en casa, pero que desean una vida mejor. Son optimistas y no han perdido la esperanza. Cuando te vi en la televisión anoche, controlando la situación tan bien, pensé que debía ofrecerte una oportunidad, pensé que eras el tipo de chica que podría obtener un gran provecho de La Alianza.

—¿Qué tal se me veía en la televisión? —pregunté.

—Muy tranquila, atractiva y muy madura.

—Me alegro.

—Pero... —exhaló un suspiro—, al mismo tiempo me pregunto si no estarás pasando por una mala época en tu vida. Todas esas historias de que te caíste en el foso de los cocodrilos...

Contuve la respiración. Había llegado el momento. ¡Lo sabía!

—Verás, no creo en los accidentes, así que me pregunto si tu insatisfacción no te haría conducido a actuar, por decirlo de alguna manera, de forma temeraria.

Solté una carcajada, pero me detuve en seco. Dios mío, se pensaba que había intentado suicidarme. ¿Creería también que me había entretenido en serrar el suelo de mi habitación? Ahora empezaba a entender su insistencia para que me apuntara a La Alianza. Estaba convencido de que estaba deprimida, un estado mental perfecto para meterse de lleno en su inocente organización:

«Claro que sí, hombre, ¿dónde hay que firmar, señor Chapman? ¿Existe algún tipo de descuento para animorphs?»

—No —moví la cabeza de un lado a otro—. Al contrario, yo me siento tranquila y feliz.

Entonces empecé a experimentar una sensación que ya me resultaba familiar: una oleada de calor y un picor que se extendía por todo mi cuerpo. Parecía que me estuvieran clavando alfileres...

¡Oh, no!

¡Oh, no! ¡Mis pies!

Bajé la vista y, tras un esfuerzo sobrehumano, conseguí ocultar la expresión de horror en mi rostro.

Se me hincharon los pies y enseguida asomó por entre los zapatos una mata de grueso pelo marrón. Estaban a punto de reventar, los cordones de habían tensado al máximo.

—Comprendo que insistas en decir que todo va bien, Rachel, pero...

¡CHAS!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó frunciendo el entrecejo.

¡CHAS!

—¿El qué? —contesté casi en un susurro.

—¿No has oído una pequeña explosión?

—¡Qué va! —contesté negando con la cabeza. Los cordones habían estallado.

—En fin, como te decía... Rachel, ¿me estás escuchando?

No, claro que no le escuchaba. Estaba demasiado pendiente de que otras partes de mi cuerpo no se estuvieran transformando también en oso, porque eso era exactamente en lo que empezaba a convertirme. Lo sabía por experiencia.

—Um, ¡sí! Claro que le escucho.

¡No, por favor! Aquello no podía estar pasando. No podía transformarme allí mismo, en la oficina de Chapman. Me concentré con todas mis fuerzas para recuperar mi estado normal.

Chapman hablaba sin parar sobre La Alianza mientras mis zapatos se hacían jirones y mis piernas, de rodilla para abajo, se cubrían de un pelaje marrón y áspero. Los dedos de los pies se transformaron en duras uñas.

—En fin —dijo Chapman de repente, consultando su reloj—. Me estoy enrollando demasiado y tú tienes que volver a clase.

—¿Cómo? —pregunté sin rodeos.

—Piénsalo, Rachel —replicó Chapman—. Ahora, vete directa a clase y no te entretengas.

Tragué saliva. ¿Qué iba a hacer?

Me agaché y metí rápidamente los restos de mis zapatos en la mochila. Mis pies eran como esas botas enormes de pelo.

Ajá, tal vez si...

Me levanté y me encaminé hacia la puerta. Me detuve con la mano sobre el tirador, me volví y vi que Chapman observaba atentamente mis pies.

—Oh, ¿le gustan mis botas nuevas? —pregunté.

—Es increíble las cosas que llegáis a poner os los jóvenes —sonrió Chapman.

—Ya. Supongo que soy una víctima más de la moda.

Salí de allí volando. Cuando llegué al servicio de chicas, mis pies ya eran normales. Después, me dirigí al gimnasio y me calcé mis zapatillas de deporte.

Temblaba más que el día anterior cuando salté al foso de los cocodrilos.

Al fin y al cabo, un cocodrilo sólo puede matar. Chapman es un yeerk y esos gusanos hacen que la muerte sea la mejor y más fácil de las opciones.

Tenía intención de comentarle a Ax mi pequeño problema. Se lo había prometido a Cassie, pero justo después de las clases, teníamos un asunto que resolver y sabía que si hablaba del tema, me obligarían a quedarme en casa.

Tal vez hubiera sido lo mejor.

En realidad sólo había ocurrido dos veces. La primera acabó en catástrofe y la segunda sólo afectó a mis pies. Era evidente que, fuera lo que fuera, empezaba a mejorar. Quizá no se repitiese más.

En cuanto salí del colegio llamé al móvil de mi padre.

—¿Papá? ¿Estás en alguna reunión o algo así?

—No, cariño. Estoy en la puerta de los juzgados esperando a que llegue un hombre al que tengo que entrevistar. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí. Por ahora no me he caído en ningún sitio ni se ha derrumbado nada. Te llamaba para decirte que he quedado con Cassie. Supongo que iremos al centro comercial, a la biblioteca o algo así.

—De acuerdo, pero intenta estar de vuelta en el hotel para las seis. Quiero que cenemos juntos. Toma un taxi. ¿Tienes suficiente dinero?

—Sí. Nos vemos para cenar.

A continuación, llamé al trabajo de mi madre y dejé prácticamente el mismo mensaje en su buzón de voz.

Era lamentable lo fácil que me resultaba mentir. Supongo que la mayoría de los niños mienten a sus padres en alguna ocasión, pero en mi caso se había convertido en el plan nuestro de cada día. Algún día podré contar la verdad a todo el mundo y me quitaré un gran peso de encima.

Habíamos acordado transformarnos en aves y vernos sobrevolando la playa. Todos, excepto Ax y Tobías, contaban con las formas idóneas para la ocasión, pero hacía tiempo que yo no la ponía en práctica.

Lo más difícil era encontrar un lugar seguro para realizar la metamorfosis. Me encaminé hacia el grupo de árboles que hay al pasar las pistas de atletismo. Por desgracia, algunos chicos van por allí a veces, y no podía arriesgarme a que me vieran.

Por suerte, Tobías llegó a tiempo para ayudarme.

<¡Ey, Rachel! Si me oyes, ráscate la cabeza.>

Me rasqué la cabeza y levanté la vista. Allá arriba, sobre una blanca nube esponjosa, divisé al ratonero de cola roja.

<Hay tres personas cerca de los árboles pero están a punto de marcharse. Para cuando tú llegues, ya se habrán ido.>

No respondí porque eso sólo es posible cuando estás transformado. Pero confiaba

en Tobías. Los ojos de los ratoneros son cien veces mejores que los de los humanos. Tobías era capaz de contar los ratones, ratas, mofetas, sapos y ardillas que se agazapaban por aquellos árboles, así que, con mayor motivo, podía ver a los escandalosos y enormes humanos que rondaban por el lugar.

Me adentré en el pequeño bosque. Había toneladas de basura: latas de refresco, bolsas de patatas fritas y de McDonald's. Me reí porque aquél era el entorno favorito del ave en el que me iba a transformar.

<Despejado —advirtió Tobías—. Hay cuatro chicos que se dirigen hacia aquí, aunque todavía están cerca del colegio, tienes tiempo suficiente.>

Asentí. Acto seguido, me concentré en el animal, intentando olvidar lo extrañas que habían resultado las últimas transformaciones, como si las otras fuesen normales.

Empecé a encogerme a toda velocidad. La pinaza, las hojas muertas, las latas de cerveza y toda clase de basura se acercaban y crecían desmesuradamente. La sensación es muy parecida a la de caída, con la diferencia de que nunca llegas a chocar y, de repente, una lata que antes era tan grande como tu pie hace medio cuerpo tuyo; una bolsa de McDonald's que antes podías pisotear, ahora te sirve para colarte en su interior y las hojas, del tamaño de una mano, son tan grandes como alfombras de baño.

Mi piel se tornó blanca, blanca como la nieve, blanca como el papel. Y entonces, cuando mi aspecto recordaba a un horripilante fantasma menguante, empezaron a dibujarse los contornos de unas plumas delicadas y pequeñas, mucho más pequeñas que las del búho y las del águila.

Los dientes se fundieron para conformar una protuberancia que se proyectaba hacia fuera en forma de cuerno. Finalmente ésta se abrió en una apertura horizontal y el pico ganchudo quedó completo.

Estiré los brazos y comprobé que ya se habían convertido en alas. No eran las alas magnánimas y poderosas de un águila, sino unas más cortas, más estrechas, puntiagudas y acrobáticas.

Me había transformado en el ave que nunca se encuentra en extinción y que habita los siete continentes, el ave que parece adaptarse a cualquier entorno.

Me había convertido en la omnipresente gaviota, que come de todo: peces, patatas fritas, caramelos derretidos, huevos, hamburguesas, palomitas, carne, cerezas amargas, pastelillos de queso, en resumen, todo tipo de comida imaginable.

Me había transformado en el rey de los carroñeros, en el señor de la basura.

Agité las alas y me elevé por el aire. Aleteé con fuerza hasta superar las copas de los árboles. Por debajo y ante los ojos alerta de la gaviota, se extendía un mundo de belleza.

Había comida por todas partes. Allá donde los humanos arrojaban comida se convertía automáticamente en un restaurante para mí. El contenedor de detrás del

colegio, el aparcamiento de aquellas tiendas. Podía verlo todo, hasta la envoltura de papel más diminuta. Era capaz de distinguir todas y cada una de mis presas.

Otros pájaros tienen que matar para comer y en sus ínfimos hábitats sólo disponen de una o dos especies que pueden tolerar. No es mi caso, yo me alimento de comida basura.

Y por esa razón, mis hermanos y hermanas abarrotaban los cielos. Estaban por todas partes, siempre cerca del suelo y pendientes de la próxima miga.

Noté la presencia de una forma peligrosa... se trataba de la silueta oscura de un ave rapaz, pero no me preocupé demasiado porque yo era rápida y ágil.

Aleteé con energía y aumenté la velocidad. Me deslicé como un cohete inseguro e inestable por encima de árboles, tejados, por entre los cables de teléfono y volé a ras del suelo por jardines y patios.

<¿Te diviertes, Rachel?>

¿Pero qué demonios...?

<Hola, Rachel, hola. Todo bajo control, ¿no?>

No reconocí esa voz hasta unos segundos después. Era Tobías y éste era humano, como yo.

«Oh. OH. Despierta, Rachel».

<Perdona, Tobías. Por un momento la mente de la gaviota ha conseguido dominarme. Me he confiado demasiado, como ya lo había hecho otras veces pensaba que sería coser y cantar. Me ha pillado desprevenida.>

Me sentía avergonzada. Siempre que te transformas en un animal nuevo, resulta muy difícil controlar su mente instintiva. Por ejemplo, cuando me transformé en cocodrilo, por muy mentalizada que estuviese, me invadieron unas ganas terribles de zamparme al chaval.

En cualquier caso, la gaviota no debería suponer ningún problema porque no era la primera vez que adoptaba esa forma y conocía su mente.

<¿Estás bien, Rachel?, insistió Tobías.>

<Sí, sí... claro que estoy bien. Pero estaría mejor si dejarais de preguntármelo a cada segundo. Estoy bien, ¿vale?>

Sin embargo, notaba algo raro, no era como las otras veces en las que la mente del animal se impone al principio. Seguiri que no era relevante, tan sólo una pérdida de concentración momentánea.

«Todo va a salir bien», me repetía a mí misma para convencerme.

<¿Sabes cómo llegar a la playa desde aquí?>

<Pues claro que sé cómo llegar>, contesté, enfadada sin motivo.

<Bueeeno. Nos vemos allí.>

Tobías se fue enseguida. Si hay una cosa en este mundo que la gaviota sabe hacer es encontrar la playa.

Sin embargo estaba de un humor de perros. Algo extraño estaba sucediendo y no tenía pinta de mejorar.

Nos encontramos sobre la playa: cuatro gaviotas exactamente iguales a los cientos de ellas que revoloteaban a nuestro alrededor. Más arriba, aprovechando las corrientes de aire cálido, se distinguían un ratonero de cola roja y un aguilucho.

El aguilucho, una especie de halcón de un tamaño aproximado al de Tobías, era Ax, que nunca había adquirido una gaviota.

<¿Estáis todos listos?>, preguntó Jake.

Mi primo era una de aquellas gaviotas chillonas que volaba a mi alrededor, pero resultaba imposible identificarle.

<¡Adelante!>, exclamé. Siempre que empezamos una misión todos esperan mi grito de guerra.

El caso era que estaba nerviosa, preocupada y me sentía muy insegura, pero debía aparentar lo contrario, porque si no se habrían percatado de que algo no iba bien.

<¡Vaya novedad! —comentó Marco—. La poderosa Xena está lista. ¡Que alguien avise a los periódicos! ¡Extra, extra!>

<¡Cierra el pico, Marco!>

<Atención. Saldremos ya, buscaremos ese yate y cuando estemos allí veremos qué se puede hacer —indicó Jake—. ¿Todos de acuerdo?>

<Primero hay que encontrar el yate.>

<Eso no es ningún problema. Está a unos cinco kilómetros hacia el sureste. Hay tres personas en cubierta. No veo las caras —Tobías se echó a reír—. Esto es lo que se llama vista de halcón, chicos y chicas. Vosotras, las gaviotas, limitaos a bucear en la basura que yo me encargo del espionaje de alto nivel.>

<¿Estás seguro de que es el que buscamos?>, preguntó Jake.

<El *Daybreeze*, ¿no?>

<Es imposible que seas capaz de leer el nombre de un barco a cinco kilómetros de distancia —declaró Marco—. Yo he sido águila pescadora, ¿recuerdas? Tienes una vista excelente pero no eres Superman.>

<Me has pillado —admitió Tobías—. Está bien, no distingo el nombre completo pero empieza por D. Apuesto a que estoy en lo cierto y a que aquel musculitos de allí es vuestro querido actor.>

<Estupendo —añadí—, vamos allí.>

Como siempre, antes de embarcarnos en una aventura, realizábamos toda clase de comentarios estúpidos. Por fin empezaba la acción. Siempre es mejor que quedarse parado y esperar a que de repente tu cuerpo comience a cambiar sin ton ni son.

Miedos aparte, estaba deseando ver a Jeremy Jason McCole. Quizá todavía podíamos salvarlo.

<Chicos, os abandono —informó Tobías—. El agua no se me da nada bien. No

hay corrientes de aire ascendente. Al aguilucho de Ax le pasará lo mismo, pero él siempre puede transformarse en otra cosa y regresar a nado. Yo no.>

Nos despedimos de Tobías. Sé lo mucho que odia no poder acompañarnos en todas las misiones. Supongo que tiene la sensación de no hacer lo bastante, lo cual es ridículo porque ninguno está tan entregado como él a la causa. Y desde luego nadie ha pagado un precio tan alto en esta guerra contra los yeerks.

Salimos de la algarabía que formaban las otras gaviotas y, aleteando con fuerza, nos adentramos en el mar, primero verde y progresivamente azul intenso.

La brisa soplaba en contra nuestra y resultaba difícil avanzar, no obstante los cuerpos de las gaviotas están diseñados para aprovechar cada tregua del viento. Por eso casi no nos cansábamos.

En cambio, el aguilucho de Ax lo estaba pasando fatal. Esas aves son diestras en planear y lanzarse en picado contra sus presas. Son fantásticas a la hora de remontar los cielos sobre corrientes de aire caliente ascendente, pero no pueden cubrir largas distancias ni permanecer horas y horas moviendo las alas arriba y abajo. Su visión, sin embargo, es la mejor de todas.

<Ahora veo el barco con claridad —informó Ax. No se quejó, pero por el tono parecía agotado—. Se llama *Daybreeze*. Hay cuatro humanos en la cubierta. Dos hombres mayores, una mujer de mediana edad y un joven.>

<¿Es Jeremy Jason?>, preguntó Cassie emocionada.

<Tiene que serlo>, repuse.

<¿Tiene el pelo castaño claro y los ojos grandes y muy azules?>, preguntó Cassie.

<¿Y los labios gruesos? —añadí—, ¿al estilo Brad Pitt?>

<¡Arrgghh!>, exclamó Marco, quién si no.

<Los ojos y el pelo coinciden —respondió Ax—, pero no puedo juzgar los labios. ¿Cómo deben ser de grandes para igualar en tamaño el de los de Brad Pitt?>

<Los labios de Brad Pitt llenaban la pantalla entera —aclaró Marco—. De hecho, a veces los labios se salen de la pantalla y muere gente aplastada.>

<Apuesto a que son falsos —murmuró Jake—. Ya sabéis que ahora si quieres lucir morritos, te inyectas grasa del trasero y listo.>

<Estáis celosos. Sois patéticos, ¿no crees, Cassie?>

<Sí, totalmente de acuerdo.>

<Ésta es la peor misión de todas con diferencia —comentó Marco— y mira que he pasado miedo, que he estado aterrorizado, que ha habido veces en las que he estado a punto de gritar y de mearme encima. Pero ya estoy acostumbrado. Sin embargo ésta es la primera vez que siento que tengo ganas de vomitar. Rachel, no te imaginaba capaz de sentir un ápice de cariño por los demás y menos de demostrar esa actitud de adoración idólatra tan ridícula.>

<¡Tú lo has dicho!>, celebró Jake. Por un momento pensé que estaba bromeando,

pero no podría asegurarlo.

<Y ¡Cassie! —prosiguió Marco—, yo pensaba que a ti sólo te gustaban los animales, como las mofetas, serpientes... y Jake. Ji, ji, ji.>

<Bueno, ya está bien. ¡Concentrémonos!>, replicó Jake al instante.

Siempre que alguien menciona el tema de sus sentimientos hacia Cassie, Jake se pone rojo. Ya casi habíamos llegado al yate.

<Ax, será mejor que te quedes aquí. Cambia de forma y permanece en el agua cerca del barco.>

<Sí, príncipe Jake.>

<No me llames príncipe.>

<Sí, príncipe Jake.>

<Marco y yo iremos delante y nos posaremos sobre la cubierta como el resto de las gaviotas. A ver si oímos algo —continuó Jake—. Rachel y Cassie, os mantendréis en la retaguardia. Quedaos...>

<Sí, claro —repuse sarcástica—. Y qué más, como que Cassie y yo nos vamos a quedar aquí. ¡Ni soñarlo! Vamos, Cassie. Iremos nosotras.>

Aleteé con fuerza para alejarme de Jake y Marco. Ax se elevó y se marchó planeando.

El yate era muy grande. No sabría decir cuándo mediría pero lo suficiente para que las cuatro personas que holgazaneaban por la cubierta jugasen un partido de voleibol. No era una simple motora.

Cassie y yo nos dirigimos hacia la parte trasera. Por debajo, las hélices agitaban las aguas blancas y azules. En la parte delantera, deambulaban las cuatro personas.

Una era el productor, que vestía unos pantalones cortos y una camisa abierta. Lo había visto en la CNN.

Había otro hombre que nos daba la espalda.

La mujer lucía un biquini. Era joven y guapa.

Y la tercera persona... ¡Sí! Era inconfundible con ese pelo, esa cara y esos labios.

<¡Es él!>, exclamó Cassie.

<Sí, sí, corroboré.>

Jeremy Jason McCole, la gran estrella de *Power House*. Bueno, sin contar a aquel cómico que hacía el papel de padre en la serie.

Jeremy Jason McCole, el mismo que había aparecido en casi todos los fanzines publicados en los últimos cinco años, la mayoría de los cuales habíamos leído Cassie y yo.

<Su color favorito es el carmesí —informó Cassie—. No el rojo, el «carmesí». No me digas que no es una monada.>

<Nació en Altoona, Pensilvania.>

<Tiene dos hermanas, Jessica y Madison.>

<¡Qué torso!>

<¡Qué piernas!>

<Vamos a acercarnos más>, propuse.

Agitamos las alas un poco y pronto nos encontramos en una especie de bolsa de aire que creaba el propio barco, y que nos daba impulso, lo cual facilitaba nuestro vuelo. Apenas teníamos que mover las alas, bastaba con dejarse llevar hacia la parte trasera del yate, a tres metros de Jeremy Jason McCole. ¡Qué momento!

Escuchamos la conversación que sostenían el actor, el productor y las otras dos personas. Y fue en ese momento cuando me dejó de gustar el guapísimo Jeremy Jason.

El viento se llevaba algunas palabras. El ruido de los motores y del agua impedía también que oyéramos toda la conversación, pero lo que oímos fue suficiente. Demasiado.

—... Asímelo. Tu carrera como actor de televisión ha terminado —decía el productor—, y yo no estoy dispuesto a hundirme contigo.

—Pero eso es imposible, hay millones de adolescentes... enamoradas de mí —replicó Jeremy.

—Lo que trato de explicarte es que va a haber grandes cambios. Cambios que... En fin, cambios radicales, ¿de acuerdo? En estos momentos, mi empresa forma parte del nuevo orden. Debes entrar de lleno en el negocio... y actuar en películas de verdad, hacer papeles importantes. Ya es hora de abandonar tu imagen de adolescente.

—Me encantaría —rió Jeremy Jason—. Estoy más que harto de niñas imbeciles... que me envían cartas de amor y que me atosigan para que les firme un autógrafo. Ésta es la parte del trato que menos me gusta. No quiero seguir siendo el niño bueno... por siempre jamás.

Entonces, el hombre de espaldas a nosotros avanzó un paso, chasqueó un dedo y el productor se calló sin rechistar. La mujer del bikini contrajo la vista y pareció hundirse en la silla.

—No perdamos más tiempo —dijo el hombre—. Ya hemos hablado bastante... ayer... mejores oportunidades. Yo puedo darte... lo que quieras. Todo. Dinero... poder. Pero, primero debes estar de acuerdo con... Es... muy sencillo. Te conviertes en uno de nosotros y te conviertes en... representante de La Alianza. A cambio... lo que quieras.

Jeremy Jason guardaba silencio mientras el hombre hablaba. Era evidente que le tenía miedo. Cuando le tocó hablar, lo hizo en un tono de voz suave y tenso.

—¿Y si contesto que no?

—No lo harás —replicó el hombre. Entonces, se volvió y le vi el rostro. Mostraba una sonrisa helada y una mirada implacable y fría.

Lo reconocí. Lo había visto una vez, pero fue suficiente, no lo olvidaría nunca.

<¡Visser Tres!>, susurró Cassie.

A pesar de su forma humana, no podía ocultar su verdadera identidad. Su presencia congelaba el ambiente, parecía como si el sol se hubiera desvanecido de repente. Aquel monstruo irradiaba oscuridad allá donde fuera, una oscuridad que sobrecogía el alma.

Visser Tres es el líder de la fuerza invasora yeerk en la Tierra y el único de su especie que dominó a un andalita, por lo tanto, también es capaz de mutar.

Visser Tres fue la malvada criatura que acabó con la vida de Elfangor, el hermano de Ax, mientras nosotros observábamos la escena petrificados de miedo, impotentes.

—Tú eres ambicioso... —continuó Visser Tres, dedicándole una sonrisa forzada a Jeremy Jason—. Quieres... muchas cosas que, sin mi ayuda, jamás conseguirás.

—Supongo que me has descubierto —añadió Jeremy tras soltar una carcajada. Se puso en pie para mirar de frente al monstruo—. Adelante, haz lo que tengas que hacer... pero conviérteme en una estrella del cine. Trato hecho.

—De acuerdo —contestó el Visser, dejando entrever su malévolas sonrisa.

<¡No sabe lo que hace! —exclamó Cassie—. ¡Lo han engañado!>

<Sí, lo han engañado, pero ¿sabes una cosa? Sólo un idiota caería tan fácilmente en la trampa.>

<No importa —declaró Cassie—. No podemos permitir que Jeremy Jason se convierta en un controlador.>

<Sí, tienes razón. Hay que impedirlo —convine—. Aunque no estoy muy segura de que se lo merezca>, de repente empecé a encontrarme mal. Sé que es de tontos enamorarse de un actor que sólo has visto por la tele. Pero, por otra parte, es una de las pocas cosas normales que todavía hay en mi vida.

<Será mejor que nos volvamos con Jake y Marco —propuse—. ¡Madre mía, se van a reír tanto de nosotras cuando les digamos que Jeremy Jason está a punto de convertirse en controlador de forma voluntaria...! Qué rabia.>

Levanté el vuelo, me ladeé un poco y me sumergí en el viento. De pronto, me percaté de que perdía altura a una velocidad excesiva. Aleteé con fuerza.

<¡Rachel! ¿Qué haces?>, gritó Cassie.

<¡No lo sé! ¡Me cuesta volar!>

<¡Rachel! ¡Te estás transformando! ¡No sigas!>

Agitaba las alas sin cesar y, sin embargo, seguía cayendo. Entonces, lo vi justo delante de mis narices. Literalmente, porque en lugar de mi pico de gaviota, me empezaba a crecer una cosa alargada y gris que se estiraba más y más.

<¡Me está creciendo una trompa!>, exclamé.

Marco y Jake, a unos noventa metros por detrás del barco, fueron testigos del desastre.

<¡Rachel! ¿Qué haces?>, gritó Jake.

<¡No puedo parar! ¡No puedo parar! ¡Me estoy transformando!>

La trompa había alcanzado los quince centímetros, demasiado pesada para mis alas. Perdí el equilibrio y caí al agua, no sin antes ver que Visser Tres, plantado en la parte trasera del yate, me observaba atentamente con esa mirada suya asesina y cruel.

Una vez en el agua, la transformación no se detuvo, al contrario, los cambios se aceleraban. Me estaba transformando a un ritmo vertiginoso, como nunca me había ocurrido antes.

Me hundí en un remolino de burbujas que escapaban a la superficie. Me crecieron las enormes orejas de elefante y comenzaron los chirridos de mis huesos al estirarse y desplegarse.

Traté de pedalear en el agua, pero mis piernas eran como troncos de árboles.

La brillante superficie del agua por encima de mí parecía tan inalcanzable como la Luna. Me estaba ahogando.

<¡Rachel! ¡Transfórmate!>, me ordenó Cassie.

<¡Ax! ¿Me oyes? —gritó Jake—. ¡Encuentra a Rachel y quédate a su lado!>

Yo sabía que era inútil, jamás llegarían a tiempo. Me hundía sin remedio. Por mucho que estirase la trompa, era imposible llegar hasta la superficie. Me hundía en mi cuerpo de elefante y todo lo que podía hacer era preguntarme por qué.

Descendía imparable hacia el fondo invisible del mar, a unos dos kilómetros de profundidad.

Intenté concentrarme, pero no sirvió de nada. La cabeza me daba vueltas.

Cuando hube bajado unos quince metros se me ocurrió que tal vez los elefantes sabían nadar. Me parecía una idea estúpida, pero no tenía nada que perder, así que empecé a mover aquellas patas grandes como postes de teléfonos y... ¡sorpresa! ¡Los elefantes nadan la mar de bien! Para entonces era ya demasiado tarde porque la distancia era insalvable, jamás alcanzaría la superficie a tiempo.

De repente vi una sombra gris y mortal deslizarse a mi lado.

<Ahí está, príncipe Jake>, oí una voz por telepatía que parecía venir de muy lejos.

Casi me hace reír. Un tiburón parlante. ¿Cómo era posible?

Entonces... ¡me invadió el pánico!

Me empecé a agitar violentamente. Golpeé el agua con mis descomunales patas, en un vano intento por ascender más deprisa, y sacudí la trompa con fuerza. En esas ocasiones, el miedo no resulta mucho más provechoso que rendirse. Ascendía poco a poco, y demasiado tarde.

Entonces...

<¡Se está transformando! —informó el tiburón parlante—. No, un momento. ¡Príncipe Jake, no está volviendo a su estado natural. Se está transformando en otra cosa!>

<Pero ¡eso es imposible!>

<Ya lo sé, pero eso es lo que está ocurriendo.>

<Voy a ver qué está pasando —anunció Cassie—. Voy a sumergirme, me transformaré en humana dentro del agua y después en delfín. Quizá pueda ayudar.>

<Adelante —aprobó Jake—. Marco, quédate aquí arriba. Yo voy a bajar con Cassie.>

<Está menguando a una velocidad increíble>, informó Ax, el tiburón parlante.

El tiburón tenía razón. Me encogía a tal velocidad que se formó un pequeño remolino que iba absorbiendo mi enorme masa de elefante.

<¡Jake! ¡Mira! —gritó Marco—. ¡El hombre del yate! ¡Se está transformando! ¡Os juro que se ha convertido en andalita! ¡Oh, no! ¡Es ÉL!>

<Sí, es Visser Tres —confirmó Cassie—, pero ahora olvidaos de él. ¡Hay que salvar a Rachel!>

«Mutaciones, mutaciones, mutaciones. A todos les da por transformarse», pensé y, acto seguido, decidí inventar una canción. Era evidente que me patinaban las neuronas.

<Oh, qué bien, oh qué bien, me transformo yo...>

<¿Está cantando *Jingle Bells*?>, preguntó Marco.

<Ax, me he transformado en delfín, pero no veo a Rachel. ¿Dónde estás? — preguntó Cassie desesperada—. Es increíble que no ve a un elefante y a un tiburón.>

<Rachel ya no es un elefante. Ahora es algo muy pequeño, y yo tampoco la veo.>

<¿Qué?>, preguntó Jake.

<¡Estamos a punto de llegar! ¡Ax, por favor, encuéntrala!>

Empecé a despertar de la antesala de la inconsciencia. Muy lentamente, mi cerebro comenzó a funcionar. Estaba bajo el agua, eso estaba claro, y ya no era un elefante.

¡Podía respirar! Y no me hundía. Por lo menos eso creía yo. Imposible asegurarlo porque estaba ciega.

«Mantén la calma, Rachel», me decía a mí misma. Claro que resultaba más fácil decirlo que hacerlo. ¡Estaba ciega!

<¡No la veo! —bramó Ax con frustración—. Estos ojos de tiburón son muy débiles. Se ha convertido en algo muy pequeño, en un insecto o algo así.>

¿Un insecto?

Poco a poco y sin muchas ganas, recobré la capacidad suficiente para evaluar la situación. Tenía cuatro patas, sí, podía moverlas, sentirlas. Cuatro patas. ¡No! Eran seis. Sí, me había transformado en un insecto. Tenía además pinzas, las agité para saborear el aire, pero tan sólo me llegaba mi propio olor.

¿Qué tipo de mente había junto a la mía? No sentía nada, estaba vacía. Desprovista de conciencia o pensamientos. Parecía el cuerpo de una máquina, lo cual me dejaba con dos posibilidades: termita u... ¡hormiga!

<¿Ax? ¿Cassie? Creo... creo que me he convertido en hormiga —exclamé—. Que nadie se trague nada, podría ser yo.>

<¿Estás bien?>, preguntó Cassie.

<Si dejamos de lado el hecho de que soy una hormiga atrapada en una burbuja de aire en medio del océano —contesté con más sarcasmo del necesario—. Sí, podría decirse que estoy bien.>

<Oh, oh>, dijo Marco.

<Oh, oh, ¿qué?>, preguntó Jake bruscamente.

<Oh, oh, Visser Tres ha pasado de andalita a otra cosa.>

<¿A qué?>

<No sé lo que es, pero es enorme y parece que sabe nadar.>

<¡Genial! ¿Qué más puede pasarnos? —exclamó Jake frustrado—. Rachel, ¿crees que puedes recuperar tu forma humana y convertirte en delfín o en algo útil?>

<No lo sé>. Intenté serenar mi mente aterrada y confusa, y me concentré.

«Venga, Rachel, tú puedes», me decía a mí misma sin mucho convencimiento.

De repente empecé a crecer una vez más y pronto noté la presión de las paredes

de la burbuja de aire en mí.

<¡Creo que la veo! —anunció Cassie—. No, un momento... Eran algas. ¡No! Sí, es ella. Es verde y no medirá más de medio centímetro, pero crece rápido.>

<Rachel, ¿en qué te estás transformando?>, preguntó Jake.

<Dímelo tú. Porque, lo que es yo... ¡NO LO SÉ!>

<Tranquilízate, Rachel>, aconsejó Jake.

<¡Que me tranquilice, que me tranquilice! No quiero ser maleducada, pero es que ni yo misma sé en qué me estoy convirtiendo.>

<¡Cocodrilo, se está convirtiendo en cocodrilo! —anunció Cassie—. Jake, por aquí.>

De repente, recuperé la visión, justo en el momento en el que las patas pegajosas de la hormiga se transformaban en las patas escamosas y regordetas del cocodrilo.

El agua resbalaba por mi cuerpo que crecía a una velocidad increíble, pero al menos veía y no me estaba ahogando. Esos animales son capaces de aguantar sin respirar durante mucho tiempo.

Miré hacia arriba y divisé la brillante frontera que separa la tierra del mar. A mi alrededor merodeaban dos delfines grises de eterna sonrisa. Eran Cassie y Jake.

A unos treinta metros se movía inquieto un tiburón tigre de mirada amenazadora. Supuse que era Ax. Esperaba que lo fuera.

Miré a Jake... ¿O tal vez era Cassie?

<Supongo que debería haber mencionaba este pequeño detalle, ¿no?>

<Qué va, es mejor enterarse por sorpresa, Rachel. Así quizá muramos todos>, contestó Jake.

Ser sarcástico no va con Jake.

<¡Dios mío! —exclamó Marco, todavía vigilando desde arriba—. No sé en qué demonios se ha transformado Visser Tres, pero se está preparando para sumergirse en el agua. Mejor será que desaparezcaís de ahí cuanto antes.>

<Pues larguémonos ahora que podemos —ordenó Jake—. Rachel, avísanos si notas otro cambio. Si no es mucho pedir, claro.>

<Deja los sermones para después. Vámonos de una vez.>

Volví mi alargado cuerpo de cocodrilo ágilmente y comencé a nadar con ayuda de mi cola.

Cassie, Jake y Ax nadaban muy deprisa y en diez segundos ya me habían sacado la delantera. Jake se detuvo y miró hacia atrás.

<El caimán no es que nade demasiado que digamos, ¿verdad?>

<Cocodrilo —le corregí—. No, supongo que no.>

Entonces oímos...

¡CHAF! ¡BUM!

Parecía que hubiesen lanzado una carga de profundidad.

<Ahí va —anunció Marco solemne—. Controlad sobre todo los arpones, tienen muy mala pinta.>

<¿Qué controlemos el qué? —pregunté—. ¿Arpones? ¿Qué arpones?>

<Me temo que la cosa ésa en la que se ha transformado Visser Tres escupe arpones por la boca.>

<¡Ah! —exclamó Ax, elevando la voz—. ¡Entonces es un Lebtin o pez jabalina! Siempre he deseado ver uno, claro que... no así... me refería en un zoo o algo por el estilo.>

<Bueno, es imposible huir si tenemos que esperar al caimán>, observó Jake.

<Cocodrilo —corrigió Cassie—, no caimán.>

<Vosotros marchaos, que yo me ocuparé de Visser Tres —dije fingiendo más valor del que realmente sentía—. Fui yo quien os metió en esto, ¿no?>

<Pues mira, sí —replicó Jake y, a continuación, empezó a disparar órdenes—. Separaos unos nueve metros y no dejéis de moveros. De esta forma le costará hacer diana. Marco, necesitamos tu ayuda aquí abajo. Y que sirva de referencia en el futuro, me importa un comino es un cocodrilo o un caimán con tal de que sepa luchar, ¿está claro?>

Ascendí a la superficie. Asomé únicamente los ojos y la nariz y aspiré una buena bocanada de aire fresco hasta llenar los pulmones.

Los delfines hicieron lo mismo. Aspiraron aire fresco a través del hueco en la parte trasera de su cabezas.

Sólo permanecí unos segundos en la superficie, suficiente para localizar a Jeremy Jason en la parte trasera del barco, con una enorme sonrisa y un dedo levantado señalando hacia no se sabe qué. Por la forma de señalar y de reírse daba la impresión de estar en un combate de boxeo.

Farfulló algo que me trajo el viento.

—¡Vaya, eso es genial!

Se refería a Visser Tres, a quien había visto adoptar forma de andalita para después transformarse en una bestia terrible procedente de un lejano planeta. ¿Y cuál fue la reacción de nuestro querido actor? De admiración. Bonito, ¿no?

Me puse furiosa. ¿Qué clase de ser humano es capaz de vender a su propia especie?

«Disfruta mientras puedas —le dije mentalmente con desprecio—. El espectáculo puede acabar como menos te esperas».

Me sumergí bajo las olas de un mar embravecido y descendí un buen tramo. Entonces lo vi. Era él, Visser Tres.

Qué forma tan extraña, no había nada semejante en toda la Tierra. Era una especie de pez raya descomunal, de color amarillo intenso; recordaba a una crepe viviente, plana y oblonga. Avanzaba moviendo ligeramente los lados, parecía volar. Dos ojos pedunculares sobresalían de su parte superior y del vientre le colgaban un par de largas antenas que tanteaban el camino.

Las jabalinas, perfectamente alineadas, estaban dispuestas a lo largo de la espalda. Me recordaba a un caza con los misiles bajo las alas, salvo que aquella criatura transportaba sus jabalinas en la parte superior, en fila y apuntando hacia el frente.

Habría unas veinte jabalinas. Eran tan largas como el palo de una escoba y de grosor parecido. Mostraban unas rayas irregulares de color amarillo, verde y azul. Supongo que en su planeta eran necesarias para camuflarse, pero en la Tierra resultaban llamativas y demasiado brillantes.

El animal se movía por el agua mucho más rápido que mi cocodrilo, y también mucho más que los delfines o el tiburón.

<¡Qué velocidad!>, se asombró Jake.

<Pues sí>, corroboré.

<Seguro que no es muy ágil>, observó mi amigo.

<Tienes razón, no creo que sea muy rápido en los giros.>

He cambiado de idea —informó Ax—. Ya no me interesa ver un Lebtin o pez jabalina.

Miré a la izquierda. Ax mantenía su posición. Detrás de él se encontraba Jake. A mi derecha, Cassie. Y el pez jabalina se hallaba tan sólo a treinta metros. Rezaba para que no se repitieran los cambios.

Entonces...

El pez jabalina empezó a hincharse como un globo al tiempo que disminuía la velocidad...

¡SHUUUUUUUP!

De su boca salió disparada una jabalina, que perforaba el agua rápida como un cohete. No me dio tiempo a reaccionar.

¡AHHHHHHHHHH!

Sentí una punzada de dolor que se extendió por toda la columna. La jabalina me había atravesado la cola, cerca de la espina dorsal y, casi de inmediato, el agua adquirió un tono rojizo. ¡Estaba sangrando!

Miré hacia abajo: allí la jabalina, clavada como si yo fuera un pincho moruno. Y no podía hacer nada, sólo mirarla. La situación era de lo más ridícula.

<¡Rachel!>

<¡Ajá! —se vanaglorió Visser Tres—. ¡Funciona! ¡Hace poco que adquiriré esta forma! ¡Es perfecta!>

Dirigí la vista hacia Visser Tres. Una de las jabalinas alineadas en su espalda se movió ligeramente. Luego, la fiera se hinchó con la intención de disparar la siguiente.

<¡Cuidado! ¡Moveos! ¡Moveos!>, bramó Jake.

No podía moverme, tenía la cola paralizada. Deseaba lanzarme y atacar a aquel maldito monstruo pero estaba inmovilizada.

¡SHUUUUUUUP!

La segunda jabalina fue directa a Cassie. Sin embargo el delfín era muy rápido. Golpeó el agua con fuerza y consiguió esquivarla de milagro. ¡No! ¡Había acertado! Mi amiga mostraba un corte en la espalda.

<Estoy bien, estoy bien>, dijo para tranquilizarnos.

Había tenido suerte, una décima de segundo más y la jabalina le habría atravesado el cuerpo de lado a lado.

El pez jabalina seguía avanzando hacia nosotros. Giré sobre mí misma y permanecí muy quieta con el vientre hacia arriba.

<¡Jake! ¡Retrocede! ¡Sal de ahí! ¡Es demasiado rápido! ¡Aléjate, con un poco de suerte conseguirás esquivarlo!>

<¡No te pienso abandonar!>

<Hazlo, Jake. Me haré la muerta y cuando esté lo bastante cerca...>

Vaciló durante un segundo.

<Cassie, ¡vete! ¡Rápido!>

<¡No pienso dejar a Rachel!>, protestó Cassie.

<Cassie, ¡lárgate de una vez! —ordené—. ¡Vete ahora o nos matará a todos!>

Visser Tres se acercaba a una velocidad pasmosa. Vi que otra jabalina rodaba hasta colocarse en posición de lanzamiento. Luego, aquel bicho empezó a hincharse de nuevo. En realidad absorbía agua que después utilizaba para expulsar la jabalina.

<¡Se está preparando! ¡Por favor, MARCHAOS DE UNA VEZ!>

Cassie, Jake y Ax dieron un giro brusco y desaparecieron en distintas direcciones. ¡SHUUUUUUP!

La jabalina fue directa a Ax, que se encontraba a unos treinta metros de distancia. Ax se alejaba a toda velocidad, pero la jabalina iba ganando terreno.

<¡Ahora, Ax! ¡Ahora!>, grité.

Mi amigo viró a la derecha y la jabalina pasó de largo.

<Gracias, Rachel>, dijo Ax.

<Vaya, vaya, así que os separáis, ¿eh? —vaciló Visser Tres—. Bueno, eso sólo cambiará el orden en que vais a morir. Vamos a ver, ¿qué es lo que dicen los niños humanos en estos casos? Ah, sí... pito, pito colorita.>

«Eh, idiota, se dice colorito, no colorita, pensé. Me faltó muy poco para soltárselo».

Pero todavía conservaba un poco de sentido común, así que permanecí panza arriba, suspendida en el agua, fingiendo estar muerta y procurando disimular el dolor que sentía en la cola.

«Ve a por Cassie, por favor —rogué mentalmente—. A por Cassie, repugnante criatura».

Si Visser decidía atacar a Ax o a Jake, me resultaría imposible alcanzarlo por la distancia. Sólo Cassie me lo acercaría lo suficiente.

Visser Tres agitó sus aletas y entonces la sonrisa de cocodrilo se iluminó.

Avanzó en mi dirección y unos metros antes se detuvo y empezó a inflarse y a aumentar de tamaño. Parecía un globo a punto de reventar. Cada vez lo tenía más cerca, tres metros... uno... medio metro...

Era el momento. Reuní toda la fuerza de mis músculos de cocodrilo, me impulsé hacia delante, abrí mi enorme mandíbula y le hincé los dientes hasta el fondo.

¿Sabíais que las mandíbulas del cocodrilo son las más poderosas? ¿Y que prácticamente son capaces de partir piedras con la boca?

Apreté cuanto pude aquella bocaza mía de cocodrilo llena de temibles dientes sobre el ala izquierda del pez jabalina y automáticamente...

¡POOOOMMMMMPFF!

¡SWUUUUSHH!

¡Fue como morder un globo! El rechoncho pez jabalina estalló. Todo el agua que había absorbido para lanzar la jabalina salió disparada por el agujero que yo había abierto con mis dientes.

<¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh!>, gritó el Visser.

Aquel monstruo aprendió una nueva forma de volar. Se revolvió ferozmente en el agua, salió de golpe a la superficie, describió un arco en el aire, que más bien recordaba a un delfín mareado para volver a caer con estrépito al agua, muy lejos de nosotros, que respiramos aliviados.

Me relajé un poco, y entonces el dolor en la cola se hizo más intenso. En ese momento se acercó un delfín y me propinó unos ligeros golpecitos con el hocico.

<Ey, soy yo, Marco. ¡Vengo a salvaros!>

<Justo a tiempo —dije riéndome de verdad, no como un cocodrilo—. Justo a tiempo, Marco.>

<Alergia —informó Ax—. Has adquirido un animal al que eres alérgica. A veces sucede.>

—¿Me estás diciendo que las mutaciones incontrolables son provocadas por una alergia? ¿Que soy alérgica? ¿A qué?

—¿Cuál fue el último animal que adquiriste? —preguntó Cassie y al instante encontró la respuesta—. El cocodrilo. Eres alérgica a ellos.

Estábamos en el bosque que hay pasada la granja de Cassie. Allí nos encontrábamos a salvo, íbamos muchas veces para reunirnos sin que nadie nos molestara. Además Ax tenía que recuperar su forma de andalita y Tobías... Bueno, Tobías debía salir de caza antes de que anoheciera.

Mientras nosotros hablábamos, Tobías había buscado acomodo en una rama y desde allí veía la pequeña pradera, poblada por docenas de ratones.

Tobías mantenía su vista de láser fija en la alta hierba del prado. Los otros echaban fuego por los ojos, excepto Cassie, claro, que se limitaba a hacer gestos con la cabeza. Se sentía culpable por haberse convertido en mi cómplice.

—¿Me estás diciendo que por el hecho de haber adquirido el cocodrilo he perdido el control sobre mis poderes de transformación?

<No del todo, sólo un poco. Es... es como cuando un humano se pone de repente a exhalar violentamente por la nariz mientras grita, ¡achís!>

—Estornudos, ¿quieres decir que lo mío sólo han sido estornudos?

<¡Ajá!>, exclamó Tobías. Abrió las alas y se precipitó hacia la hierba. Planeó a ras del suelo, un instante después pareció abombarse, adelantó las garras y le perdimos de vista durante un rato.

—Otro ratón que muerde el polvo —comentó Marco.

<Sí, Rachel —confirmó Ax—, has venido padeciendo una alergia al ADN de cocodrilo.>

—Entonces, ¿qué hago? ¿Hay alguna medicina o algo que me pueda ayudar?

<No hay ninguna medicina, al menos no una que los humanos puedan crear, pero se desencadena un proceso, es decir algo que ocurre de forma natural en estos casos. Lo llamamos *hereth illint*.>

—Qué nombre tan poético —opinó Cassie.

<Literalmente sería algo así como: «eructar el ADN».>

—Eso sí que es poético —replicó Marco, riéndose.

<Como no tenemos boca, no utilizamos palabras como «escupir» o «vomitar». Por eso hablamos de *hereth*.>

—¿Y qué se supone que debe hacer Rachel? —preguntó Jake sonriendo también—. Para provocar el proceso, quiero decir.

<El ADN en cuestión antes o después saldrá de tu sistema, pero es imposible prever cuándo. Debes tener mucho cuidado porque el cocodrilo es una criatura peligrosa.>

—Parece fácil —repuse—. Yo soy bastante precavida.

<No es tan fácil. Verás, tienes que ser capaz de transformarte en el animal a la vez que mantienes tu propio cuerpo. Debes crear un animal completo a partir del exceso de materia que se encuentra flotando en el espacio cero.>

—¿Perdón? —pregunté mirando fijamente a Ax.

<Hasta que se produzca el *hereth illint*, podrás atenuar los síntomas si permaneces tranquila y controlas tus emociones. Las transformaciones que sufriste en el agua sin tú desearlo sucedieron porque estabas furiosa o afectada por algo.>

—Sí —me encogí de hombros—, estaba furiosa porque ese estúpido de Jeremy Jason McTraitor está traicionando no sólo a todas sus *fans* sino a toda la humanidad, que es peor.

<También dijiste que ocurrió algo parecido cuando estabas en el despacho de Chapman, ¿no? Pasaste miedo o algo así.>

—Sí —asentí—, aunque no fue tanto miedo como nervios.

<¿Y la primera vez, en tu casa? ¿Estabas también enfadada o nerviosa?>

—Qué va, no estaba de ninguna manera —contesté sin inmutarme.

—¿Qué estabas haciendo justo antes de que todo empezara? —preguntó Jake.

—No me acuerdo —mentí descaradamente.

—Rachel —intervino Cassie, que me miraba con una ceja levantada—, estabas sacando fotos de Jeremy Jason de Internet.

—Oh, era a-m-o-o-r —graznó Marco, estirando la palabra—. Ese terrible y peligroso sentimiento llamado amor adolescente. La pasión cegadora, el deseo ardiente, la atracción fatal invadieron a Rachel, que...

Interrumpí su bonito discurso para agarrarlo del cuello y estrangularlo, pero se protegió detrás de Ax.

—... se convirtió en un animal salvaje —continuó Marco—, en varios, de hecho. ¡Se transformó en el caimán del amor!

—Cocodrilo, para ser exactos —corrigió Jake.

En ese momento noté que por toda mi piel asomaban los primeros retazos de lo que parecían plumas de águila de cabeza blanca. Solté un gemido.

<¿Ves? —comentó Ax al percatarse de la mutación—. Las pasiones encendidas y los sentimientos disparan la reacción alérgica. Debes intentar eliminar las emociones.>

—¿Y si empiezo por eliminar a Marco? —gruñí.

—Genial —añadió Marco—. La poderosa Xena tiene una debilidad: las emociones humanas. Es una víctima del a-m-o-o-r.

—Marco —Jake le agarró un brazo y lo apretó con fuerza—, si continúas así, se enfadará y se transformará. Acabará convirtiéndose en un oso enorme. ¿Te apetece ver a un oso furioso?

Marco vaciló. Me miró y se mordió el labio.

—He captado el mensaje, Jake. Mejor me marchó a ver qué tal le sienta el ratón a Tobías.

Cuando por fin pude tranquilizarme, la mitad de mi cuerpo ya se había cubierto de plumas. Hasta ahí llegaron mis nervios.

—Ax, dile a Rachel todo lo que sepas sobre el *hereth* para que esté preparada. Y Rachel, trata de pasar inadvertida. Por ejemplo, no vayas al colegio, y olvídate de ir a ese programa de la televisión en el que sale Jeremy Jason. Visser Tres sabe que estamos detrás de la estrella. Estoy seguro de que lo convertirá en controlador sin perder un minuto. Nuestro joven actor ha visto demasiado.

—¡Debemos impedirlo! Hay que evitar a toda costa que promocióne La Alianza. Podríamos secuestrarlo y encerrarlo en algún sitio durante tres días hasta que el yeerk de su cerebro muera.

—Sí, ya sé que debemos impedirlo y lo haremos. Pero antes hay que pensar en el modo de llegar hasta él.

—Seguro que participa en el show de Barry y Cindy para promocionar La Alianza y después se irá de la ciudad —observé—. Es la ocasión perfecta. No podemos acercarnos a ese maldito yate otra vez porque estarán alerta. Nos querrán encontrar por todos los medios. Me temo que el programa es nuestra única oportunidad.

—Quizá tengas razón —admitió Jake—, o quizá debemos dejarlo y olvidarnos de todo —su sonrisa se evaporó y me lanzó una mirada fría—. Deberías haberlo pensado antes, Rachel. Has echado todo a perder porque ahora Visser Tres sabe que nuestro objetivo es Jeremy Jason. La próxima vez espero que nos avises de que no estás en situación de llevar a cabo una misión.

Hubiera respondido... de hacer tenido algo que decir. Pero mi primo tenía toda la razón.

Miré a Cassie. Mi amiga tenía la vista fija en el suelo, como si sintiera vergüenza. Ax miraba con los cuatro ojos en otra dirección, parecía muy ocupado en observar algo fascinante.

No veía a Tobías, andaría por la pradera todavía. Pero, sin duda, oyó nuestra conversación porque me susurró en privado:

<Ey, no te preocupes, Rachel. No pasa nada.>

—Me temo que sí pasa —murmuré entre dientes.

Muy bien, había metido la pata, pero me había propuesto arreglarlo, así que decidí mentir.

Al día siguiente le dije a Jake y Cassie que ya estaba, que el *hereth illint* había sucedido. Se lo describí con todo lujo de detalles, insistí una y otra vez en lo raro que había resultado. Sonaba tan convincente que se lo tragaron.

Por supuesto no le conté nada a Ax porque a él no habría podido engañarle. En realidad, yo no tenía la menor idea de qué sucedía exactamente cuando eructabas el ADN. Ninguno habíamos entendido las explicaciones de Ax, y es que cuando nuestro amigo extraterrestre empieza con eso del espacio cero, creo que todos desconectamos un poco.

Si le hubiera explicado el mismo cuento a Ax, éste me habría hecho la pregunta lógica: ¿qué hiciste con el cocodrilo?, algo en lo que no habían caído ni Jake ni Cassie.

El caso es que cuando al día siguiente le dije a Jake que ya había ocurrido, me creyó. Y Cassie también. A mi amiga la vi en un cambio de clase y se lo comenté de prisa y corriendo. De haberme mirado a los ojos, habría notado que estaba mintiendo.

No tenía elección, debía conseguir como fuera ir al programa de *Barry y Cindy Sue*. No iba a permitir que Jeremy Jason promocionara *La Alianza*.

Me encontraba bien, sólo era cuestión de controlar mis emociones, y eso es algo que se me da bastante bien, la verdad. Bueno, es verdad que me enfado con cierta facilidad, pero ¿quién iba a ponerme de mal humor en un estúpido programa de televisión? Todo saldría bien, estaba segura.

Después de clase, tomé un taxi hasta el hotel de mi padre. De camino, pasé por delante de mi casa. Un equipo de obreros sacaban los restos de la cocina y de mi habitación. En la parte frontal de la casa había un enorme contenedor para los escombros.

—¿Te has enterado de lo que pasó ahí? —me preguntó el taxista—. La casa se derrumbó. Si es que ya nada es lo que era. Los materiales de construcción no son como los de antes.

Para mi sorpresa, mi padre me estaba esperando en el hotel.

—¡Ya era hora! —dijo en cuanto me vio entrar por la puerta de la habitación—. El programa empieza a las cinco y ya son las tres. ¿Dónde has estado?

—En el colegio.

—Ah, claro, el colegio. Venga, date prisa. Por suerte podemos ir andando, así no tendremos problemas con el tráfico. Está a cinco minutos de aquí.

No me llevó mucho tiempo elegir lo que me iba a poner. No había podido rescatar

demasiada ropa de mi habitación. Telefoneé a Cassie para que se diera prisa. Habíamos quedado en encontrarnos en el estudio de televisión.

Mi amiga no estaba en casa, seguramente ya me estaba esperando. El plan era el siguiente: Cassie vendría conmigo y los demás asistirían transformados en algún animal poco llamativo. Sabíamos que los yeerks estarían vigilando la zona y que parte de la audiencia estaba formada por controladores, incluso sospechábamos de Barry y Cindy Sue.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó mi padre mientras nos dirigíamos al estudio.

—La verdad es que no —contesté.

—Te va a ver todo el país, en un programa en directo, millones de personas, de costa a costa, ¿y no estás nerviosa?

—Ahora ya lo estoy —murmuré. Pero no podía consentirlo. Debía apagar toda emoción, al menos las más extremas. Sabía que podía conseguirlo.

Pasamos por delante de la recepción del estudio. Mi padre se movía por allí como si fuera el amo y yo lo tenía que seguir correteando si quería mantener su paso. Cassie estaba esperando en el vestíbulo y nada más vernos se acercó.

—¿Qué tal? —me preguntó.

—Bien —contesté encogiéndome de hombros.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Nerviosa?

—No.

—¿Emocionada?

—No.

—¿Asustada?

—Eso sí que no.

Entonces se acercó y me susurró al oído:

—¿Tenemos un plan? Es decir, ¿qué se supone que vamos a hacer con Jeremy Jason?

—Impedir que suceda —contesté a la vez que me encogía de hombros.

—¿Cómo?

—Ya improvisaremos algo —sonreí.

—Oh, oh.

De repente, una llama pasó a nuestro lado y a punto estuvo de estrellarse cuando sus delicadas pezuñas patinaron sobre el linóleo encerado. Dobló una esquina y desapareció.

—Pero ¿qué demonios...? —exclamó mi padre.

—¡Qué bonita! —exclamó Cassie. Siempre que ve un animal se le ilumina la cara—. Es una llama. Me encantan estos animales. Son tan...

De repente aparecieron dos personas vestidas de color caqui. Entraron a toda velocidad, doblaron la esquina detrás de la llama y desaparecieron.

Nos quedamos los tres perplejos e intercambiamos miradas. Entonces apareció una tercera persona, una mujer con unos papeles sobre una tablilla.

—¿Han visto pasar una llama? —preguntó casi sin aliento.

—Por allí —señalé.

—Pero bueno, ¿qué sucede? —preguntó mi padre.

—Bart Jacobs ha venido al programa con sus animales —explicó la mujer moviendo la cabeza de un lado a otro, frenética, como si aquello fuera el fin del mundo—. La llama se ha escapado. Es un animal muy listo.

—¿Bart Jacobs? —aquel nombre me resultaba conocido—. ¿No es el tipo ese que siempre sale en la tele con sus animales?

—Sí, el mismo —confirmó Cassie con una expresión desaprobadora—. Odio a la gente que obliga a los animales a entrar en un estudio. Siempre los tratan como...

—Muy bien, si ya no hay más animales salvajes —interrumpió mi padre—, creo que deberíamos continuar.

Empezó a andar y nosotras lo seguimos hasta la sala de maquillaje. La puerta estaba abierta. Una mujer con un corte de pelo estafalario y labios pintados de negro lanzó una mirada maliciosa a mi padre y después nos escudriñó a Cassie y a mí. Seguro que estaba pensando qué hacer con nuestras caras.

—Aquí la tienes —dijo mi padre señalándome—. Rachel, te presento a Tai. Tai, mi hija Rachel. Hoy saldrá en el programa.

—Bonito cutis —comentó Tai—, pero este pelo necesita más cuerpo —agarró un abundante mechón de pelo y lo soltó de mala gana—. ¿Con qué te lavas el pelo?

Le dije el nombre de la marca y en su rostro se dibujó una sonrisa de superioridad. Mi padre desapareció y se puso a parlotear con personas que conocía. Tai prácticamente me sentó en un sillón de peluquería, me envolvió con una sábana y empezó a manipularme el pelo con todo tipo de cepillos.

Odio que me lleven de un lado para otro, me pone de mal humor.

—¡Vaya pelo! ¡Por favor! —protestó Tai, y me propinó un firme tirón.

Odio que me tiren del pelo.

De repente, Tai retrocedió.

—¿Qué le pasa a tu pelo? ¡Se... se está poniendo gris!

Miré al espejo y vi dos cosas: el gesto horrorizado de mi amiga y mi pelo, gris y lanudo, como el de un lobo.

¡Me estaba ocurriendo otra vez! Tai me había puesto de mal humo y empezaba a transformarme en lobo. Lancé una mirada desesperada a Cassie y ésta reaccionó automáticamente.

—¡Dios mío! —gritó—. Acabo de ver a... ¡Kevin Costner! Y a ¡Tom Cruise!

¡Fuera... en el pasillo!

—¿Dónde? ¿Dónde? —chilló Tai, soltando los cepillos antes de salir corriendo.

«Tranquila... tranquila... Relájate», me decía a mí misma.

Cassie no me ayudaba demasiado.

—¡Has mentido! ¡Me has mentido a mí! ¡Otra vez! No te ha ocurrido lo del *hereth illint*, ¿verdad? ¡Todavía eres alérgica!

—Intento calmarme, Cassie —le advertí—. Tengo que recuperar mi estado normal.

—¡No puedes seguir adelante con el programa mientras te siga pasando esto!

—¡Lo voy a hacer! ¡Es la única manera! No voy a permitir que ese idiota... ¡Mira! ¡Me estás poniendo de mal humor!

El pelaje empezaba a extenderse por la parte trasera de brazos y manos. Cerré los ojos.

«Relájate, tranquila, no te sulfures».

—No he visto a ningún Kevin Costner por ahí fuera —dijo Tai recelosa al regresar.

—Hubiera jurado que era él —añadió Cassie—. Lo siento.

—En fin, ¿qué le pasaba a tu pelo? —preguntó Tai, contemplando confundida mi pelo, que volvía a ser normal.

—Um... ¿le falta suavizante, quizá? —sugerí.

Y entonces sufrí la segunda sacudida emocional del día, porque el chico más guapo del planeta entró en la sala de maquillaje.

—Jeremy Jason —me susurró Cassie al oído asustada.

«Tranquila, relájate, no pienses en nada. Controla tus emociones», me repetía una y otra vez.

No os podéis hacer una idea de lo guapísimo que es de cerca. Acto seguido, le lanzó una sonrisa a Cassie y le dio un medio abrazo, como probablemente hacía con todas sus fans.

A Cassie le temblaban las rodillas, de hecho casi se tambaleaba.

—Hola, soy Jeremy Jason McCole —se presentó—. Vas a salir en el programa, ¿verdad?

—Sí —contesté intentando con todas las fuerzas mantenerme impasible, como un robot—. Sí, yo también voy a estar en el programa.

No me levanté del sillón ni le di la mano porque, si queréis que os diga la verdad, por mucho que supiera en qué se había convertido, o qué tipo de persona era, incluso que en su cerebro, a aquellas alturas, ya podría estar viviendo una de esas sabandijas *yeerks*, si me llega a abrazar como a Cassie, habría comenzado a transformarme.

Sí, me habría transformado, y mucho.

—Ey —dijo Jeremy Jason con su famosa mirada de desdén—, ¿no te he visto antes?

—No —contesté sacudiendo la cabeza.

—Ah, sí. Eres la chica que se cayó al foso de los cocodrilos junto a aquel chaval. Así que vas a salir en el programa, ¿eh?

—Y eso no fue todo —intervino Cassie—. También se le hundió la casa con ella dentro.

Le lancé una mirada asesina. Vamos, como si aquello me sumara puntos ante Jeremy Jason o fuera a impresionarle.

Cassie me respondió con un gesto de perplejidad y se encogió de hombros.

Se había quedado pasmada contemplándole con una media sonrisa boba. Claro que seguramente yo ponía la misma cara.

—Escucha —añadió Jeremy Jason con su sonrisa de anuncio—, señorita Desastre, o como te llames, ¿qué te parece si tú y tu amiguita os vais a dar un paseíto? No quiero público cuando me maquillo.

Eso hizo que nuestras sonrisas bobas se esfumaran. Tai me lanzó una mirada feroz y con la cabeza me hizo un gesto señalando hacia la puerta.

Fuera, en el pasillo, nos topamos con la llama.

—«¿Señorita Desastre?» —repetí—. ¿Cómo se atreve?

—«¿Marchaos a dar un paseíto?» —añadió Cassie.

Los dos observamos a la llama.

—Si estás esperando a que te maquillen, puedes esperar sentada —informé al animal—. No eres lo suficientemente famosa.

<Puede que no, pero lo seré algún día>, replicó la llama.

—¡Ahhh! —exclamamos Cassie y yo a la vez. Estaréis pensando que mejor que nosotras para encontrar de lo más normal que una llama hablara, pero nos pilló por sorpresa.

—¿Marco? —susurré.

<¿Quién si no podría ser esta monada? Fijaos en mi pelaje y ¡qué sonrisa! Estoy fantástico.>

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

<Jake anda por ahí transformado en cucaracha y Ax en mosca. Yo también entré así, pero después vi la llama correteando a su aire por ahí y pensé, ¿por qué seguir siendo un insignificante insecto?>

—¿Dónde está la llama de verdad? —le preguntó Cassie en un susurro.

<No os preocupéis, está encerrada en un vestuario vacío. Por cierto, he visto la programación. Primero sale Bart Jacobs con sus animales, incluido un servidor, después Wussy Wonder y acto seguido tú, Rachel.>

Cassie me miró alzando una ceja pero yo no me di por aludida. Sabía de sobra lo que mi amiga quería decirme.

—Muy bien, se lo contaré yo —resolvió Cassie—. Marco, Rachel exageró un poco cuando dijo que ya estaba bien del todo. Será mejor que prevengas a Jake.

<¿No me digas que no se libró del cocodrilo?>

—Pues más bien no.

—No me pasará nada si consigo mantener el control sobre mí misma —me defendí.

<Rachel, se supone que yo soy el irresponsable del grupo>, protestó Marco.

—Bueno, ahora ya es demasiado tarde para suspender la intervención —observó Cassie pensativa al tiempo que se mordía el labio inferior—. Hay que tener mucho cuidado y evitar por encima de todo que la gente vea cómo se transforma Rachel.

<¿Y qué vamos a hacer si empieza a transformarse de repente...?>

—Bien —interrumpió Cassie—, lo importante es que Rachel siempre esté presente, ¿no? Me cuesta creer lo que se me está pasando por la cabeza... sólo de pensarlo me entran escalofríos pero, Rachel, necesitamos una copia tuya.

<¿Transformarse en Rachel? —gorjeó Marco—. Yo, yo, ¡yo lo haré!>

—Cuando las ranas críen pelo —sentenció.

<Oh, oh —exclamó Marco tras mirar a su izquierda—, me parece que me han descubierto.>

Al fondo del pasillo aparecieron los hombres vestidos de caqui. Se aproximaron muy despacio hacia Marco, que aguardó pacientemente, y tras deslizarle una cuerda por el cuello, se lo llevaron.

<Nos vemos —se despidió Marco—. «Que te rompas una pierna». No te lo tomes al pie de la letra, es lo que la gente del espectáculo decimos para desear buena suerte. Voy a salir en la tele. Voy a salir en la teeeeeeeee. Voy a salir en la teee-lee.>

—¿Qué haces? —pregunté al notar que Cassie me agarraba de un brazo.

—No te preocupes, no utilizaré tu forma para nada malo —contestó Cassie con solemnidad. Entonces, sentí que me invadía el sueño y que languidecía. Cassie estaba adquiriendo mi ADN.

—No lo hagas a no ser que no haya más remedio —le pedí—. Se me ponen los pelos de punta sólo de pensarlo... ¡Uff! —me estremecí y, acto seguido, mi cara empezó a proyectarse hacia delante.

—¡Rachel!

—Estoy bien, estoy bien —dije y respiré hondo para librarme de la horrenda sensación que me había invadido ante la idea de haber sido adquirida. La transformación alérgica cesó y mi cara recobró la normalidad.

—¡Eh, tú! ¡La tropezona! ¡Venga!

La mujer de los papeles y la tablilla pasó a toda prisa por mi lado, me agarró de

un brazo y me arrastró pasillo adelante.

—Bien, ahora escúchame con atención porque vamos retrasados. Tú aparecerás en el próximo segmento del programa. Yo te avisaré cuándo. Entrás y cruzas el plató hacia donde se encuentra Barry, que te dará la mano. Luego te la dará Cindy Sue, a menos que esté histérica. Después te sientas y no pienses en qué cámara mirar, límitate a hablar con Barry y Cindy Sue. Ellos te preguntarán por esa historia del caimán...

—Cocodrilo —le corregí.

—Tú les cuentas tu historia. Si Barry hace «así» con la mano, es que quiere que te des prisa. Si hace «así», es que tienes que ir terminando porque se ha acabado el tiempo. ¿Comprendido? Bien. Y ahora relájate. Todo saldrá bien.

»¿Quién eres tú? —dijo de repente mirando a Cassie.

—Soy la compañera de la tropezona, soy... la tropezona II —respondió Cassie.

La mujer de los papeles la miró con atención.

—Es mi amiga —expliqué—. Ha venido a darme apoyo moral.

—Bueno, da igual. Venga, vamos. No podemos usar la sala de espera porque la semana pasada tuvimos a un grupo en el programa que se encargó de destrozarla —continuó sin soltarme el brazo, lo que normalmente me habría mosqueado. Sólo que no podía permitírmelo porque ese sentimiento provocaría una reacción.

Nos mandó sentar en dos taburetes altos, en una esquina oscura de la pared de bloques grises en la que están todos los cables y los interruptores.

Bart Jacobs, el tipo de los animales, estaba sentado en un taburete idéntico. Fumaba un cigarrillo mientras hablaba con uno de sus ayudantes. Contra la pared gris se alineaban la media docena de jaulas con animales que había traído Bart Jacobs: un cachorro de león, una cría de elefante, una pitón, un águila real.

Desde la oscuridad en la que estábamos, podíamos contemplar el decorado ya familiar de Barry y Cindy Sue. Estaba pensado para parecer una sala de estar, con sillas en apariencia cómodas dispuestas en el centro, hacia donde enfocaban tres cámaras, una a cada lado y otra en el centro.

Más allá de los relucientes focos del plató se sentaba el público. No se les distinguía, estaban a oscuras y las luces del plató me impedían ver más allá.

En ese momento, Barry pasó por mi lado a toda prisa.

—Hola a todos, hoy vamos a tener un programa estupendo. Espero que estéis a gusto con nosotros. ¡Bien! ¡Bien! ¡Energía! ¡Que no decaiga! ¡Nos vemos!

Diez segundos más tarde, llegó Cindy Sue envuelta en perfume y seguida de un hombre que trataba de peinarla mientras andaba.

Me lanzó una sonrisa falsa y a Bart Jacobs una mirada de desdén. Bart se acercó a mí y se quitó el cigarrillo de la boca.

—Nunca me ha perdonado que uno de mis animalillos se le hiciera pipí en uno de

sus vestidos —me confesó.

Desde más allá de los focos llegó un estruendo de bienvenida procedente del público. Vi a mi padre en el otro extremo del estudio, hablando con una mujer de la tablilla. Al verme me dedicó una sonrisa y un guiño.

No estaba ni nerviosa ni asustada. No sentía emoción alguna. Era la única manera y podía conseguirlo.

Barry y Cindy Sue estaban charlando en el plató. En ese momento se nos unió Jeremy Jason como un relámpago. Estaba furioso.

—¿Qué es eso de que la sala de espera está cerrada? ¡No querrás que me quede aquí, esperando de cualquier manera! ¡Soy Jeremy Jason McCole! —mascullaba entre dientes a un hombre de aspecto atemorizado.

Claro, que quizá ya no fuera realmente Jeremy Jason McCole.

«Posiblemente es un controlador. Ahora mismo el verdadero Jeremy Jason está encerrado en algún rincón de su propia mente y no tiene más remedio que contemplar impotente cómo un yeerk controla cada uno de sus movimientos, cada acción, cada palabra», recordé.

¿Se había dado ya cuenta aquel ambicioso y vanidoso idiota de que le habían engañado? ¿Había comprendido ya que no hay nada peor que asociarse con un yeerk? El yeerk es el amo y el portador humano, su esclavo, y si la ocupación es voluntaria el humano es todavía más vulnerable y menos capaz de resistir.

Me ponía enferma sólo de pensarlo. Jeremy Jason lo había querido así, se había dejado engañar pero, aún así, me...

Un momento, me empezaba a encontrar bastante mal.

Oh, no, rogué en silencio, ahora no, por favor.

—Cassie, creo que no voy a poder hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó—. Oye, si lo que pasa es que estás asustada o algo así, trata de anular esa emoción y listo.

—No es eso —contesté negando con la cabeza—. Me siento... rara, distorsionada. Como si algo estuviera sucediendo en mi interior.

—¿La transformación alérgica?

—Creo que no. Eso por ahora lo tengo dominado. Me temo que es lo otro.

—¿El qué?

—Ya sabes.

—¿El *hereth illint*? ¿Ahora? ¿Aquí? ¿Ahora?

—Sí —asentí—. Aquí y ahora.

—Oh, no —se lamentó Cassie en voz baja. Bart Jacobs, sentado a nuestro lado, hablaba con sus ayudantes y ultimaba los detalles de su intervención.

Barry acababa de explicar una historia graciosa. El público aullaba de risa. Cindy Sue estaba presentando al tipo de los animales. Bart se levantó y se arregló la ropa y, en ese momento, un asistente le entregó la cuerda que sujetaba la llama.

<Hola otra vez —saludó Marco—. ¿Qué os parece? ¡Hemos entrado en el mundo del espectáculo! Siempre supe que lo conseguiría, aunque no en forma de llama...>

—... aquí está, ¡Bart Jacobs!

Sonaron los aplausos y Bart apareció tirando de Marco. Sus asistentes ya estaban alineando al resto de sus animales. Jeremy Jason, muy enfadado, hablaba con alguien en una esquina oscura.

Y en medio de todo aquello, yo me estaba descomponiendo.

Ax no había mencionado que el *hereth illint* resulta de lo más desagradable. Empezó con unas oleadas de náuseas muy intensas que casi me hacen vomitar allí mismo. Pero tras revolvérseme el estómago llegó algo mucho peor: una desorientación total. Mi cuerpo estaba rechazando el ADN del cocodrilo pero el reptil no estaba dispuesto a irse así como así. Antes de abandonarme, su mente fría y calculadora emergió junto a la mía. ¡Estaba perdiendo el control de mi propio cuerpo!

En el mismo cuerpo y a la vez, dos cerebros totalmente diferentes miraban el mundo a través de mis ojos. El cocodrilo estaba nervioso. No estaba acostumbrado a aquello, no sabía dónde se encontraba.

Pero, aunque los cocodrilos son máquinas de matar implacables, no son estúpidos. Ignoró por completo el hecho de que aquél no era el lugar apropiado para un cocodrilo y centró toda su atención en lo que de verdad le importaba: comer.

El animal intentó agitar la cola, pero no tenía. Así que movió mi... o sea nuestro... no «mi» trasero.

—¡Rachel! ¿Qué haces?

—Yo... yo no... —logré articular a duras penas. Entonces el cocodrilo resolvió que no había nada que hacer en aquel lugar y que, ya que tenía piernas, ¿por qué no perseguir a su presa?

Antes de que pudiera reaccionar, ya estaba corriendo por allí moviendo los brazos como una idiota y arrastrando los pies como una demente. Me dirigí en línea recta hacia Jeremy Jason McCole con mis enormes mandíbulas de cocodrilo bien abiertas para procurarle una muerte rápida, sólo que yo no tenía mandíbulas de cocodrilo.

—¡Ahhh! —chilló Jeremy Jason al sentir un mordisco en el hombro.

—¡Es una gran fan tuya, Jeremy Jason! —explicó Cassie, que me agarró y me separó de él—. ¡Te adora!

—¡Apartad de mí a esta loca! —gritó él.

Intenté morder a Cassie.

El ayudante de Bart Jacobs guió a Marco fuera de escena y, acto seguido, colocaron una enorme tortuga bajo los focos.

<Los he dejado alucinados —fanfarroneó Marco—. Me adoran... ¡eh! ¡Eh!>

Le mordí en el cuello. Gracias a Dios, los dientes humanos no son mortales.

Cassie volvió a separarme de un tirón y, en ese momento, un poco tarde la verdad, empecé a ser Rachel de nuevo. Pero mis problemas no acabaron ahí. Porque aunque mi mente volvía a dominar la situación, sentí que aumentaba de peso. Me notaba increíblemente pesada.

Mi vestido empezó a estirarse por la espalda. Me tiraba del cuello y de las mangas. De repente, me convertí en el jorobado de Nôtre Dame. Algo enorme estaba creciéndome en la espalda y no sabía qué era.

Entonces entendí la explicación de Ax. Veréis, yo sabía que iba a expulsar el ADN del cocodrilo de mi cuerpo. Lo que no sabía es que para ello me transformaría en una máquina de matar de siete metros.

Sin embargo lo más triste era que ni siquiera aquello era lo peor. La situación me estaba poniendo muy nerviosa. Me sentía furiosa, asustada. Furiosa por lo asustada que estaba. Rebosaba de emociones extremas.

Y todavía no me había librado de mi alergia.

—¡Rachel! —murmuró Cassie.

—¡Ya lo sé! —respondí.

—¡Tenemos que irnos de aquí!

—¡Ya lo sé!

Cassie tiró de mí y me sacó de allí a paso ligero. Al pasar al lado de Jeremy Jason le dimos un empujón y él se apartó horrorizado de la lunática que le había mordido.

—¡Eh, alto! ¡No os podéis ir! —gritó la mujer de los papeles cuando pasamos junto a ella.

—¡Tiene que vomitar! —aclaró Cassie—. Son los nervios del debut.

—¡Al fondo a la izquierda!

Para cuando llegamos al servicio de señoras, en lugar del jorobado de Nôtre Dame parecía un búfalo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Cassie.

—Y yo qué sé —repliqué histérica—. ¡Me está saliendo un cocodrilo por la espalda! Y... y creo que... grrr... ¡rrrrooar!

Horrorizada, me miré las manos. Sí, se estaban cubriendo de un pelaje marrón y grueso que me resultaba más que familiar.

Pelo de oso pardo.

—¡Ax dijo que debías concentrarte! ¡Controlar el proceso o algo así!

Le lancé una mirada iracunda. Me estaba transformando en oso a mil por hora. Y esta vez no fueron sólo los pies. Me salió el hocico. Se me acortaron los dedos y la uñas se convirtieron en negras garras curvadas capaces de destripar un alce.

Y al mismo tiempo el cocodrilo seguía emergiendo por mi espalda. Se arrastraba y retorció para salir de mí. Literalmente.

No dolía, pero era horrible, imposible de describir. Y os lo dice alguien que sabe de esto.

—¡Oh, no! —murmuró Cassie aterrorizada, sin dejar de mirar lo que me pasaba por la espalda.

Alguien intentó abrir la puerta del lavabo.

—¡Váyase! ¡Está ocupado!

—Tengo que entrar —gimoteó una voz de mujer.

—Créame —insistió Cassie—, es mejor que vaya a otro.

<¡Cassie! —grité tan pronto como conseguí hablar por telepatía—. Este cocodrilo no soy yo. ¿Comprendes? ¡Es un cocodrilo real y fuera de control!>

Cassie le echó un vistazo al aseo. Era demasiado pequeño para albergar a un cocodrilo de siete metros y a un oso pardo a la vez.

<Cassie, el cocodrilo te matará.>

El cocodrilo pesaba ya tanto que no podía con él. En el espejo vi la horrenda imagen de un morro de cocodrilo crecer y salirme de la nuca. Lo normal es que, con su peso, yo estuviera ya en el suelo, pero a medida que él crecía yo me iba transformando en oso. Y los osos son muy fuertes.

—No poseo ningún animal que pueda vencer a un cocodrilo —se lamentó Cassie—. ¡Nada que pueda enfrentarse a un cocodrilo!

<¡Entonces vete!>

—¡No puedo! ¡Estás bloqueando la puerta con tu cola de cocodrilo!

<¡Métete en el retrete! ¡Rápido! ¡La cabeza ya está casi formada!>

Me vi reflejada en el espejo. Era una imagen de pesadilla. ¡Una auténtica locura! Dos cabezas saliendo de un mismo cuerpo: una de oso y otra de cocodrilo. El cocodrilo batió sus mandíbulas como si las estuviera probando.

<Rachel —me dijo Cassie por telepatía—, ¿qué pasará si el cocodrilo ataca al oso?>

<Cassie, ¿te estás transformando?>

<¡Sí!>

<¿En qué?>

<En... en... ¡una ardilla!>

<¿Una ardilla? ¡¿Una ardilla?!>

<¡No se me ocurría nada mejor!>

Sentía que algo dentro de mí se deslizaba y me sorbía. Era como si me destriparan por la espalda. No dolía, pero era repulsivo.

Entonces, todo aquel peso se desprendió y cayó al suelo con estrépito.

El *hereth illint* había concluido. Había el «eructado» cocodrilo.

El animal yacía sobre el suelo de baldosas, con su enorme cola a duras penas enroscada contra una esquina, bloqueando la puerta.

En cuanto a mí, ya me había transformado por completo en oso pardo. De pie, con mi peluda cabezota rozando las baldosas acústicas del techo, notaba el tremendo poder de mis hombros inmensos. Era un oso pardo, era invencible.

Ningún ser vivo podía con un oso como yo. Excepto... excepto el enorme reptil que tenía a mis pies.

Por encima de la puerta del retrete, vi una ardilla agazapándose sobre la tapa del váter, temblando y estremeciéndose en el más puro estilo ardilla.

<El cocodrilo no me quita el ojo de encima>, dije y sentí un terror infinito. No sabes lo peligroso que puede ser un animal hasta que no has estado en su piel.

Y yo había estado en su piel.

Los osos pardos son increíblemente fuertes. De un zarpazo pueden tirar un caballo al suelo. Sin embargo, sus armas no servían de mucho con el cocodrilo; ni siquiera aquellas terribles garras conseguirían atravesar la callosa armadura del

cocodrilo.

Y una vez el cocodrilo cerrar sus mandíbulas sobre una parte cualquier del oso, o sea de mí, me haría pedazos.

El reptil me observaba con su fría mirada. Sonrió, me mostró todos sus dientes y atacó.

Vi un fogonazo de dientes.

Y luego otro fogonazo, pero esta vez de color gris.

Una tupida cola, unas manos diminutas y unos enormes ojos marrones pasaron a mi lado como un cohete.

<¡Cassie!>

La ardilla gris trepó por la puerta del retrete, voló por los aires, aterrizó en la cabeza del cocodrilo, que conservaba aún su aspecto de dinosaurio, y empezó a escarbar en sus ojos rasgados.

El cocodrilo se volvió loco. Se olvidó de mí y empezó a agitarse furioso en un intento desesperado por desprenderse de la ardilla.

Y alguien escogió aquél preciso momento para entrar en el lavabo.

—¡No encuentro otro aseo! ¡Tengo que entrar! —se oyó implorar a una señora.

El cocodrilo batió su cola.

Yo arremetí contra él dándole con una de mis manazas, que son tan grandes como jamones, y todos fuimos a parar contra la puerta del aseo.

¡BOOOOUUUUMM! La puerta reventó, se salió de sus bisagras y al caer arrastró sobre ella a un cocodrilo con una ardilla en la cabeza y un oso pardo.

—¡AAAAHHHH! —gritó la señora, después de lo cual supongo que encontraría otro aseo.

Me tropecé con el cocodrilo y caí al suelo. Un segundo después aquella bestia volvía a la carga.

Intenté incorporarme, pero, chicos, aquel cocodrilo era muy rápido, así que decidí abrirme paso a zarpazos. Hundí mis enormes garras en la pared para darme impulso y avancé sobre un costado, parecía un oso rabioso deslizándose sobre un monopatín.

Huía aterrorizada, destrozando la pared a mi paso. El cocodrilo reptaba tras de mí, cerrando sus mandíbulas a milímetros de mis patas traseras.

Cassie, casi descolgada, se sujetaba al cuello de aquella terrible fiera con todas sus fuerzas, pero no llegaba a los ojos.

Llegó un momento en que se me acabó el pasillo. Con un último impulso aparecí en la zona de detrás del decorado, trayendo tras de mí a un enorme cocodrilo y a una ardilla parlanchina y loca perdida.

La gente que había por allí nos vio.

—¡Ahhh!

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Corred! ¡Corred! ¡Correeeed!

—¡AaaaaRRRROOOAAARRR! —rugí de dolor al notar los dientes del cocodrilo en una de mis patas.

La llama se liberó de su entrenador y se lanzó con una valentía inusitada contra el cocodrilo. No había nada que Marco pudiera hacer, pero de todas formas lo intentó. Y no tardó mucho en salir de allí rodando, sin embargo, se incorporó y volvió a la carga.

—¡Saquen de aquí a esos animales! —gritaba la señora de los papeles.

—¡Esos animales no son míos! ¡No son mis animales! —gimoteaba Bart Jacobs mientras corría para ponerse a salvo—. ¡No sé de dónde han salido!

El cocodrilo se agitaba de tal forma que los huesos de mi pata crujían. Intentaba arrancármela de cuajo.

Y aquello dolía. Vaya si dolía.

—¡ROOOOAAAARR!

—¡Oh, no! ¡El programa será un fracaso!

—¿Vamos a publicidad?

—¿Y a quién le importa? ¡Corre! ¡Aaahhh!

Quizá fue el arranque de valor, aunque inútil, de la llama, o el hecho de que Cassie había conseguido llegar de nuevo a los ojos del reptil y volvía a escarbar en ellos, el caso es que abrió las mandíbulas ligeramente.

Saqué la pata de su boca y traté de alejarme lo suficiente para poder atacarle de frente.

Por desgracia, esto último desplazó la batalla, oso pardo, ardilla, llama y cocodrilo incluidos, al centro del plató.

Allí, Barry y Cindy Sue intentaban mantener el tipo y entrevistaban a Jeremy Jason McCole, que justo en ese momento decía:

—Barry y Cindy Sue, formo parte de una maravillosa organización. Creo que...

Los focos iluminaban aquel caos de golpes, arañazos, gritos y rugidos, una enorme bola de pelo, garras, colas, escamas y dientes.

Barry abandonó su silla de un brinco y se alejó a una velocidad portentosa.

Cindy Sue mantuvo la calma y se limitó a pedir que saliera Bart Jacobs y se llevara de allí a sus animales.

Bart Jacobs, por su parte, sabía de sobra que nadie debe interponerse en una pelea entre un oso y un cocodrilo.

—¡Esos animales no son míos, tonta del bote! —gritó Bart.

Pero lo más sorprendente fue la reacción de Jeremy Jason. No salió corriendo, ni gritó. Se quedó helado, más tieso que una estatua. Lo único que movía era los ojos que estaban a punto de salirse de las órbitas.

En ese momento apareció por allí un andalita, que estaba fuera del radio de acción de las cámaras y tuvo la prudencia de seguir así. ¡Era Ax!

<¿Qué hace falta para parar esto?>, me preguntó Cassie a la desesperada, mientras intentaba arañar los ojos al cocodrilo.

<Más de lo que tenemos>, contesté sin rodeos.

De repente, una violenta sacudida recorrió el cuerpo del cocodrilo. Yo me había transformado en un oso pardo y nunca hubiera creído que había otro ser que me superara en fuerza, pero cuando el cocodrilo atizaba, todos recibíamos.

Cassie salió volando y supongo que sobrepasó a Marco, la cuestión es que la perdí de vista cuando estaba en pleno vuelo con su cola de ardilla serpenteando como una cometa.

Entonces, ya nada se interpuso entre el cocodrilo y yo.

Aquella fiera se alimenta arrastrando impalas y ñus al interior del río. Yo era mayor que sus presas habituales, pero me tenía entre ceja y ceja porque me había escapado después del primer mordisco. Y esas cosas no se olvidan así como así.

Me embistió. Os diré una cosa: lo que menos os conviene en este mundo es que

un cocodrilo os haya escogido de cena.

¿Que si tenía miedo? Vaya que sí. Si me quedaba allí y luchaba, perdería. Punto.

<Bueno, ya vale —dijo Jake—. ¡Nos vamos de aquí!>

Jake había conseguido llegar hasta allí y no parecía muy contento.

<¡Estoy donde los interruptores de la luz! —era la voz telepática de Cassie—.

¡Creo que puedo apagar las luces! ¡Preparaos para salir corriendo!>

<¿Qué?>

<¡Cuando se apaguen las luces que todo el mundo desaparezca!>

<Yo estoy listo>, informó Marco.

Y entonces intervino el destino. Marco, la llama, se estaba poniendo de pie, cuando sus pezuñas patinaron sobre el suelo encerado, sus patas se abrieron y en su caída fue a darle al respaldo del asiento de Jeremy Jason.

El actor, o el yeerk de su cabeza, seguía petrificado de miedo y ése seguía siendo su estado cuando cayó de la silla y aterrizó a un palmo del cocodrilo.

El público gritó con renovado terror.

Cindy Sue no resistió más y salió corriendo.

Barry, presa del pánico, aullaba instrucciones ridículas.

—¡Traed una grapadora! ¡Traed una grapadora!

Eso creo que decía, pero lo cierto es que yo estaba un poco distraída.

—¡Ahhh! ¡Ahhh! ¡Sálvenme! ¡Sálvenme! ¡Quítenmelo de encima! —chillaba Jeremy Jason que por fin empezaba a reaccionar.

Y podría asegurar que vi, a pesar de mi turbia visión de oso, algo viscoso y gris saliendo a trompicones del oído de Jeremy Jason.

En ese momento se apagaron las luces.

<¡Venga, corred!>, exclamó Cassie.

¡Oscuridad repentina! No completa, pero sí lo bastante como para que las cámaras o el público pudiesen ver algo.

La zona del público se convirtió en el caos más absoluto. Una cosa es ver animales salvajes en el plató y otra muy distinta estar sentado a oscuras sin saber si esos mismos animales salvajes van a aparecer a tu lado en cualquier momento.

No se oían más que gritos por todas partes. Gritos y rugidos de animales. Y, por encima de todo eso, el agudo chillido aterrorizado de Jeremy Jason.

—¡Sálvenme! ¡Sálvenme!

Observé mucho movimiento detrás del decorado.

De repente, un andalita cruzó el plató de un salto, se plantó sobre la espalda del cocodrilo y sacudió su cola.

Y la sacudió.

Y la sacudió.

Y la sacudió.

Y el cocodrilo soltó a Jeremy Jason.

<¿Ax?>, pregunté.

<Sí>, respondió con dureza.

Yo sabía que los andalitas son más duros de lo que parecen y ya había luchado al lado de Ax otras veces, pero aquello me dejó con la boca abierta. Aquel cocodrilo era un tanque imparable y Ax lo había detenido.

<¿Dónde está el yeerk?>, le pregunté.

<Lo he visto salir de este cuerpo humano hace unos segundos.>

¡Así que lo que había visto salir del oído de Jeremy Jason era un gusano! Se había asustado y no le apetecía ser devorado junto al cuerpo de su portador.

Se arrastraba por allí a oscuras, como un caracol sin concha.

<¿Todos bien?>, preguntó Jake.

<Sí>, respondí.

<Vivo —confirmó Marco—. No muy contento, pero vivo.>

<Entonces, ¡vámonos de aquí!>, gritó Jake.

<Desde luego>, repliqué encantada. Miré la cabeza inmóvil del cocodrilo y he de admitir que me daba miedo hasta muerto.

A lo mejor era porque demasiado cerca un histérico Jeremy Jason McCole no cesaba de gritar, chillar y maldecir.

Me largué. Corrí hacia un extremo del plató, pero en mi carrera noté algo bajo uno de mis enormes pies de oso.

Algo tibio y viscoso.

Algo así como un gusano.

<Creo que el yeerk no ha llegado muy lejos>, dije.

En el lavabo de señoras recobramos nuestra forma natural. Ax hizo lo contrario, adoptó su forma humana.

Pero habíamos perdido a Cassie.

—Yo me encargo de ella —dije—. Vosotros marchaos. Puede que sospechen si os ven por aquí, de que esté yo no se extrañarán.

Regresé a la zona del plató, todavía a oscuras. No sé lo que Cassie había hecho con las luces, pero les estaba costando repararlo.

Se oían gritos por todas partes y también muchos tacos.

Doblé una esquina y casi me estrello contra la espalda de un hombre. Ni siquiera se volvió, de lo concentrado que estaba en la persona que tenía delante.

—Sí —dijo una voz—, ¡hay que ver qué suerte tengo!

La voz me resultaba extraña y familiar al mismo tiempo, como si ya la hubiera oído antes, pero no exactamente igual.

Entonces comprendí.

—Ya le digo, me caigo donde los cocodrilos, luego se me hunde la casa conmigo dentro y ahora esto.

Me puse de puntillas, miré por encima del hombro de aquel señor y vi a alguien exactamente igual que yo.

El hombre con el que hablaba era uno de los productores del programa.

—Eres una chica con muy mala suerte —dijo el hombre.

—Eso mismo digo yo —confirmó Cassie—. No hacen más que comentarme la suerte que tengo por haber sobrevivido y yo insisto en que de eso nada.

—¿Sabes? —continuó el hombre mientras indicaba con la cabeza que la comprendía—, hubo un momento en el que llegué a pensar que... —dijo, sin terminar la frase. Luego se encogió de hombros y concluyó—: En cualquier caso el cocodrilo está muerto y tú sigues aquí después de todo.

Me pegué a la pared; si se volvía y me veía le daría un síncope. Además ¿y si se trataba de un controlador? No podía arriesgarme.

—Sí, todavía doy gracias por haber salido de ésta. Bueno, y ahora me marchó. Debo encontrar a mi padre, que andará por ahí. No estaría mal si alguien, ya sabe, organizara un poco todo esto.

Cassie lo apartó un poco y yo me di la vuelta para no sorprenderla.

—¡Andalita! —exclamó el hombre.

Me dio un vuelco el corazón. La estaba probando, quería ver si reaccionaba. Si mi amiga hacía el más mínimo gesto, si se detenía o dudaba, la descubriría.

Por suerte supo salir del paso. Cuando él dijo lo de «¡Andalita!», ella siguió tan campante y replicó:

—Sí, hasta la vista.

Me puse a caminar tras ella.

—Buen trabajo, hermana.

—Oh, menos mal que ya estás de vuelta —exclamó—. ¡Lo estoy pasando fatal para controlar esta forma!

—¿Tienes problemas siendo yo? ¿Qué es lo que te cuesta tanto?

—Tu cerebro —respondió levantando una ceja de manera que me recordaba tanto a Cassie como a mí misma—. No deja de incitarme a hacer tonterías.

Los de la asistencia sanitaria pasaron a nuestro lado a toda prisa y nos empujaron.

—Oye —continué cuando nos quedamos otra vez solas—, dije que íbamos a improvisar, ¿no?, y mira lo bien que ha acabado todo. Estamos todos vivos, a Jeremy Jason no le quedarán ganas de promocionar nada durante una buena temporada y menos La Alianza, y además yo pisé al yeerk.

—A pesar de todo, Jake te matará.

—Cassie —dije riendo—, si yo fuera Jake, también me mataría. Esto... Supongo que no te apetece seguir con mi forma otro ratito...

—Ni soñarlo.

—Cobarde.

—Eso mismo.

Dos días después, nos encontrábamos en la habitación del hotel viendo la tele. Todavía faltaba por lo menos otra semana antes de que acabasen de reconstruir mi casa.

Mientras tanto, disfrutábamos del servicio de habitaciones y de televisión por cable.

Allí estábamos, holgazaneando y comiendo tarta, todos los animorphs: Cassie, ecologista radical, la defensora de los animales; Marco, el que se toma todo a broma y nuestro valiente, aunque modesto, líder.

También había un chico de inquietante belleza: Ax, que es en realidad un andalita, salvo cuando adopta forma humana. Tenía la cara llena de tarta. Como los andalitas no tienen boca, cuando se transforma en humano el sentido del gusto le vuelve loco. El chico es peligroso en presencia de la comida.

Y sobre el alféizar de la ventana había un fiero ratonero de cola roja. A Tobías no le apetecía tarta.

Veíamos la tele y picoteábamos lo que quedaba de tarta mientras empezaba a sonar una sintonía que nos resultaba familiar.

—*Noche de estrellas*, somos los que tienen más verborrea. *Noche de estrellas*, risas para ellos y para ellas. Os divertiréis todo el rato y del cerebro no os quedará ni rastro.

Jake le tiró una almohada y le dio en la cabeza.

—Chiss —pidió Cassie—, que ya empieza.

—Todos recordarán —empezó el presentador— la historia que les referíamos ayer sobre la increíble confusión que se formó durante la retransmisión del show de *Barry y Cindy Sue*. Algunos de los animales que llevó Bart Jacobs al programa se soltaron y provocaron una escena terrible, durante la cual, Jeremy Jason McCole, la joven estrella de la serie televisiva *Power House*, estuvo a punto de ser devorado por un cocodrilo.

»Bien, pues tenemos novedades. Jeremy Jason McCole ya ha salido del hospital y los doctores aseguran que se encuentra bien. Pero lo que no esperábamos es que, según ha confirmado su agente, Jeremy Jason deja la serie *Power House* y se marcha del país. El agente de McCole se niega a revelar su paradero actual, pero fuentes fidedignas aseguran que ha sido visto en Uzbekistán, una pequeña nación de Asia Central.

<¿Uzbekistán?>, repitió Tobías.

—Supongo que es lo más lejos que ha encontrado para evitar a los yeerks y a la prensa —aventuré.

—¿Habrá cocodrilos en Uzbekistán? —se preguntaba Marco.

—Me da la impresión de que no —respondí—. No creo que Jeremy Jason McCole vuelva a acercarse a un cocodrilo a menos de mil kilómetros de distancia.

—O de un yeerk, al menos si puede evitarlo —concluyó Jake.

Cassie exhaló un suspiro que todos oímos.

—¿Qué te pasa, Cassie? —preguntó Jake.

—Es que es una lástima —respondió suspirando de nuevo—, porque era guapo de verdad.

—Mmmmm —continuó—, aquellos hoyuelos.

—Aquel pelo.

—Aquellos ojos.

—Aquellos labios.

—Ax —intervino Marco—, deberías habérselo dejado al cocodrilo.

Ignoré a Marco, como siempre.

—Es —aseguré— el chico más guapo que he visto en mi vida.

—Ya basta —intervino Jake—. Marco, cambia de canal y pon *Los vigilantes de la playa*.

Me estiré para impedir que Marco se hiciera con el mando a distancia, pero fue más rápido que yo.

—Ah, ahí está —dijo.

Levanté la vista, esperando ver los bañadores rojos, pero en su lugar vi espaldas y botas de cuero. Xena: la princesa guerrera, mi ideal de chica.

Marco me guiñó el ojo.

—Vale —dije—, esto sí se puede ver.



KATHERINE ALICE APPLGATE. (Michigan, 19 de Julio de 1956) Es una autora americana bien conocida por sus exitosas sagas *Animorphs*, *Remnants* y *Everworld* entre otras sagas, si bien algunos de los libros de dichas series fueron coescritos por autores fantasma.

Ganó el *Best New Children's Book Series Award* de la revista *Publishers Weekly* en 1997, y su libro *Home of the Brave* le ha brindado dos premios más. Para más información, visita su web personal en <http://www.katherineapplegate.com/>.